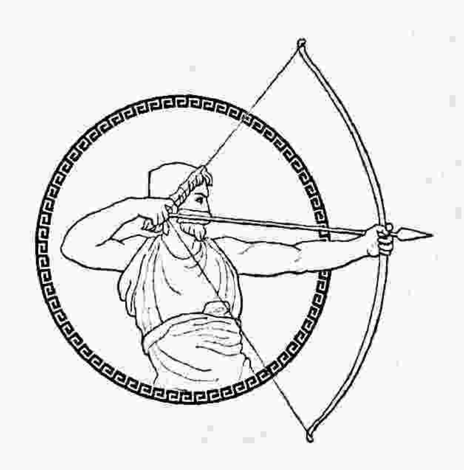
LOS VIAJES DE
ULISES



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8644-4
Depósito legal: B 11926-2016

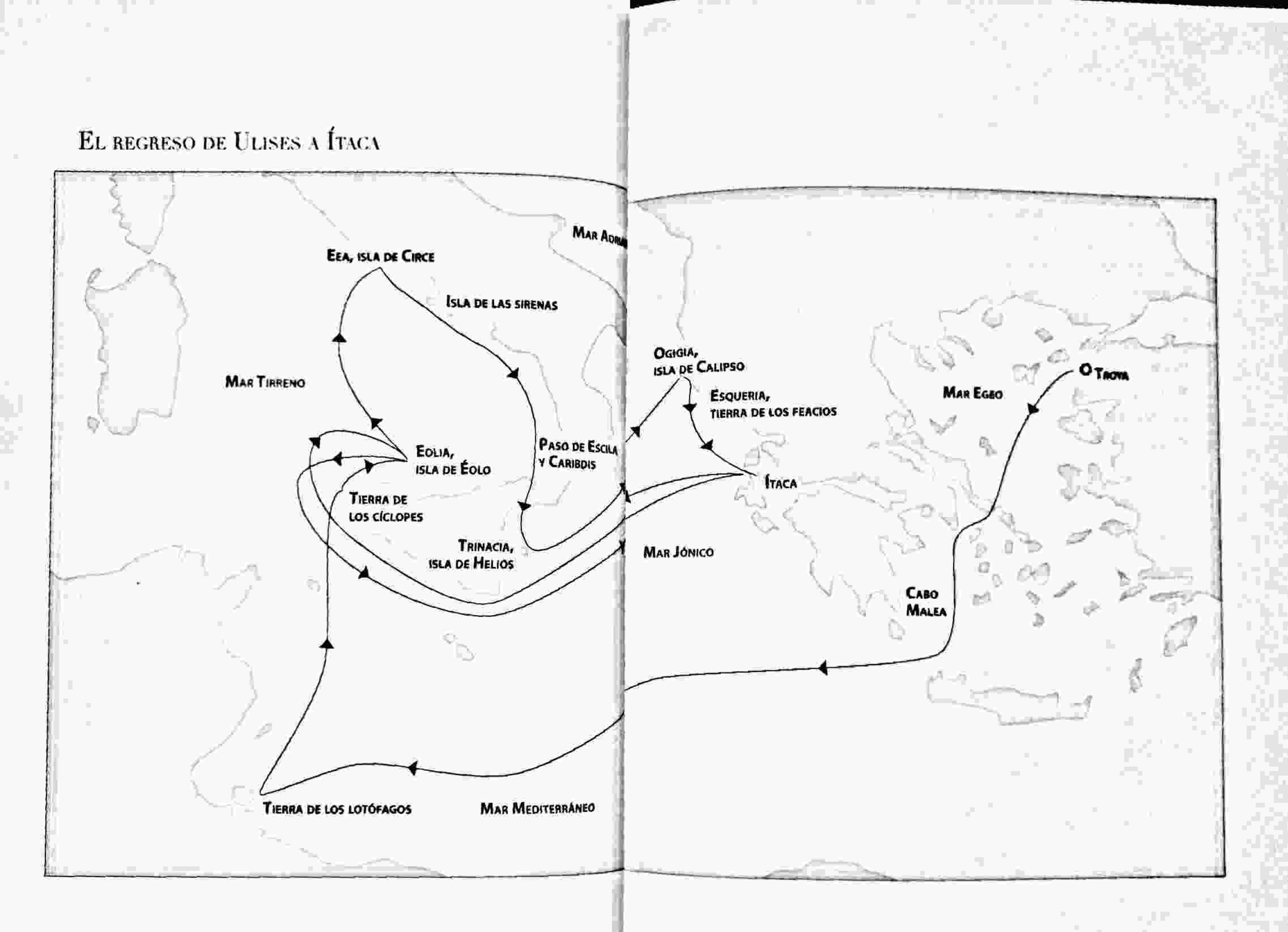
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Soy Ulises Laertiada, famoso entre todas las gentes por mis muchos ardides; mi gloria ha subido hasta el cielo. Mi mansión está en Ítaca, insigne en el mar, pues en ella alza el Nérito excelso sus bosques de trémulas hojas.

Odisea, Homero, canto IX

El regreso de Ulises a Ítaca



Dramatis personae

Los itacenses

Ulises – rey de Ítaca, celebrado por su ingenio.
Polites – leal capitán del barco del rey.
Euríloco y Perimedes – dos guerreros de Ítaca que acompañan a Ulises.
Penélope – fiel esposa de Ulises.
Telémaco – hijo de Ulises, heredero del trono de Ítaca.
Eumeo – fiel porquerizo del rey.

Los eternos

Poseidón – dios de los mares, hermano de Zeus.
Atenea – sabia diosa guerrera, hija de Zeus.
Hermes – mensajero de Zeus.
Circe – ninfa hechicera que habita en la isla de Eea.
Calipso – ninfa, hija de Atlas, que vive desterrada en la isla de Ogigia.
Éolo – señor de los vientos, rey de Eolia.

Los mortales

Tiresias – adivino tebano, una sombra que habita en el Hades.
Alcínoo – prudente rey de los feacios, nieto de Poseidón.
Arete – reina de los feacios, madre de Nausícaa admirada por el pueblo.
Nausícaa – hija de Alcínoo, princesa de los feacios.

Los enemigos

Polifemo – cíclope comedor de hombres, hijo de Poseidón.
Las sirenas – criaturas mitad ave, mitad mujer, que encantan a los marinos.
Caribdis y Escila – monstruos que habitan en el estrecho de Mesina.
Antínoo y Eurímaco – altivos pretendientes a la mano de Penélope.

1

El regreso de los aqueos

Ya no humeaban las cenizas de las casas y el fango rojo se había secado entre los escombros de las murallas. Ya no salían los lobos de los bosques y remontaban la colina para disputar a los buitres los cuerpos insepultos. En primavera asomaría el verde entre las ruinas para recordar que la vida seguía, pero no habría nadie para verlo. Había caído Troya, la más bella, esplendorosa y floreciente ciudad de Asia Menor, aunque también la más aborrecible para las mujeres de los griegos, que contaban ya toda una década de angustia anhelando el retorno de sus esposos de la guerra.

Diez años atrás, cuando Helena de Esparta se fugó con el príncipe troyano Paris, su esposo, el rey Menelao, exigió su devolución, pero los troyanos se empeñaron en retenerla. Entonces el rey recordó a todos los que le habían prestado juramento que tenían la obligación de acudir con sus tropas. Bajo el mando supremo de su hermano Agamenón, rey de Micenas, se reunió

un ejército tan grande y poderoso como jamás se había visto. Griegos y troyanos chocaron sin compasión batalla tras batalla en las llanuras de la Tróade, la región que Troya dominaba desde su colina. Allí se llevaron a cabo gestas de audacia sublime, excitadas por la sed de gloria que los hombres nunca sacian. Poco sospechaban aquellos héroes el papel de peones que jugaban en el tablero de los dioses. El Olimpo entero observaba la contienda, porque allá abajo, a la boca del Helesponto, los eternos dirimían sus diferencias por medio de sus títeres mortales.

Habían sido los dioses quienes habían llevado a los hombres al choque de las armas. Durante un banquete nupcial, la Discordia, amante de las peleas, arrojó entre ellos una manzana dorada con la inscripción «para la más bella». Inmediatamente se abalanzaron a recogerla las tres diosas que creían poseer dicho título: Hera, Atenea y Afrodita. Zeus, el poderoso soberano celeste, buscó a un hombre justo para que decidiera entre ellas. Pensó en Paris, porque poseía belleza, inteligencia y fuerza. Las bellas diosas prometieron regalos magníficos al juez mortal, aunque solo Afrodita supo ganárselo con una promesa sin par: pondría en sus brazos a la mujer más bella del mundo. Paris falló a su favor; Hera y Atenea juraron venganza. Afrodita condujo a Helena de Esparta hasta el troyano como si fuera un esplendoroso presente, aunque en realidad le daba un regalo envenenado que causaría males incontables.

Cuando estalló la guerra, el Olimpo se partió en dos bandos, dividido igual que la estirpe de los hombres. Durante aquellos años brutales los dioses volvieron a campear por el mundo. Muchas veces Apolo, Ares, Hera, Atenea, y Afrodita incluso, descendieron al fragor del combate para ayudar a sus favoritos y se vieron cubiertos de polvo y sangre.

Al terminar el sitio de la ciudad, la admirada capital a la cual el rey Tros había dado su nombre no era más que una ruina calcinada. Casi todos sus habitantes habían perecido. El tiempo la fue cubriendo y acabó oculta a los ojos del mundo hasta que un día se llegara a negar su existencia. Sin embargo, Troya no merecía tanto. Muchos hechos atroces se habían visto durante el saqueo. La divina Atenea, que era imbatible en la batalla sin obtener placer en ella, se sentía furiosa por el comportamiento blasfemo de los griegos, a quienes antes tanto había favorecido. Ahora callaba ante las risas de Ares, el cruel guerrero, y ante la mirada inescrutable de su padre Zeus, que intentaba poner paz entre sus vástagos.

Los mástiles de los navíos victoriosos ya estaban cubiertos de trofeos, las proas, abarrotadas con las armas de los caídos y las esposas e hijas del enemigo, a popa, desde donde reprimían suspiros y lágrimas furtivas al despedirse de las costas que las habían visto nacer. Agamenón, el general en jefe, pidió a sus caudillos que se demoraran otro poco para apaciguar debidamente a la diosa, temeroso de que su misericordia se sintiera ofendida por sus muchos excesos. Pero Menelao no soportaba más la estancia de Helena en aquellas tierras.

—El último despojo aún no ha sido ofrecido, todavía no ha sahumado el último altar —dijo Agamenón.

—¿Qué le debemos a Atenea nosotros, los griegos? —respondió su hermano con palabras injustas—. Zarpemos inmediatamente, mientras sopla el viento.

Disputaron y se separaron disgustados el uno con el otro. Menelao partió enseguida junto a otros jefes. Nunca más volverían a verse. Así se dispersaron los griegos a su regreso

y la diosa ofendida pudo castigarlos alejándolos de su rumbo y perdiendo en el mar los tesoros que habían rapiñado.

Ulises no había sido el más impío, aunque tampoco el más templado. Era un hombre de astucia inagotable, heredada de sus antecesores: biznieto de Hermes, el mensajero olímpico, señor celeste de la elocuencia y del engaño; nieto de Autólico, un maestro del hurto capaz de cambiar la forma de lo que robaba para hacerlo irreconocible. De su ingenio habían nacido muchas tretas que precipitaron la caída de la ciudad, como el caballo de madera con el que los sitiadores burlaron a los sitiados. Su morada estaba en la luminosa isla de Ítaca, que reinaba sobre islas menores; una tierra áspera, batida por el sol del nacimiento hasta la puesta, donde se criaban hombres audaces.

—Las naves están listas —le informó uno de sus capitanes—. ¿Qué respuesta tenemos que dar al noble Agamenón?

El rey de Ítaca fijaba la mirada en el horizonte marino desde lo alto de un promontorio. Más allá le aguardaba lo más dulce y lo más querido: el amor de los suyos. A su espalda, la boca del Helesponto, de donde venía el viento que agitaba sus largos cabellos rojizos. Su único deseo era volver a ver la aurora rosada desde las playas de su isla, al abrazo de su esposa Penélope. Había dejado a su hijo Telémaco recién nacido y ahora sería todo un hombre. La guerra había durado mucho más de lo esperado.

—Los vientos son favorables —fue su respuesta.

∞

La flota de Ítaca se alejó de la costa a través de los roqueríos pelados de las islas más cercanas. A aquellas naves de leve

construcción les aguardaba un regreso más largo que el de las demás, rodeando el Peloponeso a través de dos mares. Aun así, los marinos miraban adelante con esperanza, sabiéndose vencedores. El navío de Ulises, en cabeza, dobló pronto al sur para salir a mar abierto. Siguiendo su estela, la flota voló ligera sobre el mar Egeo durante toda la jornada. Los vientos silbaban en las velas y murmuraban las olas. Al caer la tarde, dejaban ya al oeste las primeras islas de la Hélade. Debían atravesarlas por el paso de Caferea, donde los montes pelados de ambas orillas eran apenas distantes, por lo cual hacían de embudo para los vientos y los aceleraban; no obstante, Ulises estaba tranquilo: la jornada estaba siendo de bonanza.

Arribaron allí con las últimas luces. La flota se internó rápidamente en el paso porque el rey quería pernoctar al otro lado, en el fondeadero de invierno. Ahora bien, no esperaban que la noche cayera tan rápido. Cuando todos los bajeles estaban cruzando, la tierra y el cielo se cubrieron de nubes y la oscuridad envolvió el mundo como un gran manto. Se levantó un fuerte viento en contra, las aguas se encabritaron, los barcos empezaron a cabecear. No hubo tiempo de arriar las velas: se partieron las vergas y las lonas se rasgaron. Ulises mandó remar para dejar atrás el paso. Bogaron todos con vigor en dirección al fondeadero a través de la borrasca. Al entrar en el golfo de Caristo, las lomas ocres, que detenían los vientos, fueron un bálsamo para el dolor de sus brazos.

Dos días y dos noches estuvieron anclados, esperando a que amainara, mientras zurcían velas y erguían palos. En ese tiempo, el rey oyó murmullos intranquilos entre sus hombres. Para sus adentros sospechaba una mano sobrehumana detrás

de aquella súbita tormenta, pero no debía confiar sus temores a nadie. Al tercer día el amanecer trajo una calma tentadora. Volvieron a desplegarse los blancos velámenes en los navíos griegos. La flota salió al mar de nuevo con proa al suroeste.

Cuando bordearon las costas meridionales del Ática, los itacenses se imaginaron sin más daño en su casa. Confiados al piloto y a las buenas brisas, reían y bromeaban sobre qué harían al llegar, pues veían a lo lejos el perfil del Peloponeso. Al sur de allí doblarían el cabo Malea, donde las aguas cambiaban de mar y se convertían en las mismas que bañaban Ítaca, las aguas del Jónico. Pero Ulises recelaba: con el cambio de aguas, en Malea también mudaba el tiempo y, en aquella ruta siempre concurrida, aquel día no se veía a nadie.

El cabo se acercaba, se iban distinguiendo mejor su abrupto peñón y las aguas de ambos mares chocando a sus pies; restallaban las velas al viento. Debido al oleaje, las naves se volvieron torpes y fueron escorando hacia el sur. A la orden de su rey, los tripulantes sacaron los remos, pero pareció que el viento del norte les contestara, bufando como un felino amenazante: se volvió más violento, hasta poner algunos barcos a través. No sin lamento, los griegos lanzaron al mar sus trofeos más pesados con la esperanza de recobrar la agilidad de sus navíos, sin embargo, sirvió de poco. Cuanta más destreza ponían en cabalgarlo, más embravecía el vendaval, un animal furioso ante el intento de domarlo. El cabo iba quedando al norte y con él se alejaba el hogar. Irremisiblemente, se fueron dispersando hasta que muchos se perdieron de vista. Nadie hablaba, se dolía, ni se miraba siquiera; todos bogaban con ímpetu, aunque les sangraban los dedos cortados por el frío. Lo que en verdad les dolía era el corazón,

porque veían que un dios airado se los llevaba más allá de la isla de Citera sin que pudieran evitarlo y que el continente quedaba atrás. Delante se abría un mar inmenso, agitado, del color del vino y también de la sangre.

Nueve días pasó la flota a la deriva, arrastrada por voluntad divina, según se decía ya entre los marineros. De noche, su rey ordenaba bogar buscando el norte en las estrellas, pero de día las corrientes volvían a decidir la ruta. Cuando la comida y el agua se agotaron, solo el mar rico en peces quedó para sostenerlos. Algunos murmuraban que el viaje tenía malos augurios y que en los últimos días de la guerra no siempre habían sido sensatos y justos. Otros les mandaban callar.

Al décimo día, consumidos por el hambre y la sed, avistaron una costa de arena amarilla, en la que se recortaban palmeras contra un horizonte estéril. Como tierra adentro había vegetación, pensaron que podrían encontrar agua dulce.

—En estos secarrales viven los pueblos libios —explicó Ulises a sus hombres.

Allí desembarcó lo que quedaba de la flota tras la dura travesía, confiados sus marinos porque las playas eran inmensas y llanas y podía verse a gran distancia a quien se moviera por ellas. El rey envió una patrulla de tres hombres a reconocer los alrededores. Luego organizó una expedición para buscar agua y se unió a ella.

El terreno era árido pero, tras mucho deambular, hallaron un pequeño estanque. Bebieron con ansia y llenaron sus odres. Los rodeaban campos bien ordenados, donde se extendían largas hileras de la misma especie de árbol. Eran altos, de tronco grueso y corteza como piel de rana. Sus hojas brillaban al sol. Daban un fruto del tamaño de una cereza y del color del

azafrán, que crecía en racimos apiñados y pegajosos. Cuando los hombres lo vieron, no tardaron en querer probarlo.

—¡Dejad eso! —los regañó Ulises—. Lo llaman la fruta de los dioses. ¿No habéis oído hablar de un pueblo libio que se alimenta solo de frutos dulces como la miel, los comedores de loto? Parece que hemos arribado a sus costas.

Uno de sus hombres cercanos, de nombre Euríloco, buen guerrero y mejor marino, pero algo travieso y hablador, se pronunció en nombre de los otros.

—Ulises, tenemos hambre. Hace días que no probamos más que pescado. Si esos hombres se alimentan de este fruto, ¿por qué no podemos comerlo nosotros?

—Porque el fruto del loto causa un dulce y placentero sopor y aquellos que lo comen pierden el recuerdo de quiénes son y adónde van. Solo desean seguir saciándose con él.

Los hombres soltaron los frutos como si fueran brasas. No podían imaginar mayor terror que olvidar el camino a casa.

Acarrearon el agua hasta los barcos, donde los demás los esperaban con impaciencia. Ulises supo entonces que los exploradores todavía no habían vuelto. No tenía noticia de que los lotófagos fueran gente belicosa, aunque, sin duda, el loto era un peligro mayor que una espada. Reunió una partida de rescate y salió a buscar a sus hombres en la dirección por donde se habían ido.

El grupo se encontró enseguida atravesando campos de árboles de loto tan preñados de fruto que los racimos arqueaban sus ramas. El rey tuvo que prevenir a sus soldados pues, ante aquella visión apetitosa, nadie escapaba a la tentación de echarse una pieza a la boca. Mientras caminaba, Ulises partió algunas de ellas para ver cómo eran por

dentro: tenían un hueso pequeño y la carne tierna y de aspecto jugoso. Las miraba y olisqueaba con curiosidad. ¿Y si se lamía los dedos pringados para descubrir qué sabores escondía aquel manjar? Estaba a punto de hacerlo cuando llegó hasta ellos un rumor musical muy animado. Se sintió molesto consigo mismo, porque se dio cuenta de que, por un momento, le había vencido la tentación. Lanzó el fruto tan lejos como pudo y se secó las manos.

Siguieron la música hasta el centro de los campos. Los habitantes de aquellas tierras se habían reunido en asamblea bajo un enorme tendal sujeto a los árboles con cuerdas. Unos cantaban y bailaban con alegría al ritmo de tambores y palmas mientras que otros comían y bebían recostados sobre suaves almohadones. Vestían ropas largas y se tocaban con plumas de pájaros en la cabeza y llevaban dibujos pintados en la piel tostada. Eran gente amable que, al ver llegar a los griegos, no tardaron en invitarlos a sentarse con ellos. Al acompañarlos adonde estaba la comida, hallaron allí a los tres exploradores, estirados en cojines como nobles príncipes alrededor de una bandeja rebosante de loto desecado. Ulises montó en cólera apenas los vio.

—¡Infelices! ¿Qué hacéis festejando estúpidamente mientras aguardan vuestros compañeros? —bramó abalanzándose sobre ellos—. ¿Habéis olvidado la misión que os he encomendado? ¿No recordáis quién nos espera en casa? ¡Nuestros padres, nuestras esposas, nuestros hijos!

—¡Siéntate con nosotros! —respondieron ellos, sin reconocerlo, sino mirándolo con la vista nublada, sonrientes, deleitados—. Prueba el manjar meloso con el que estos magníficos anfitriones obsequian a sus invitados.

Les ofrecieron frutos de loto a manos llenas, que Ulises tiró al suelo dándoles terribles golpes. Los cánticos y las fiestas cesaron y todos los presentes volvieron su atención hacia ellos. Eran gente poco dispuesta a inmiscuirse en querellas ajenas; únicamente los observaban. Ulises mandó que apresaran a los exploradores. Mientras los ataban de pies y manos, ellos se retorcían y lloraban, y rogaban que los dejaran allí porque querían vivir para siempre con aquel pueblo admirable. Los comedores de loto asistieron con perplejidad al espectáculo de aquellos visitantes maleducados que se llevaban a rastras a sus amigos y desaparecían por donde habían venido.

A la orden de su caudillo, los barcos se hicieron a la mar de inmediato para alejarse de aquellas tierras. La costa libia continuaba al oeste, pero Ulises no quería arriesgarse a desembarcar. Si él mismo casi había cedido a la tentación del loto, ¿cómo evitar que hombres hambrientos comieran de él? Quería poner proa hacia el norte y así lo hizo saber al fiel capitán de su navío, el buen Polites, pero este le dijo que los marineros vacilaban en volver a cruzar el mar sin haberse abastecido de buenos víveres. Ulises subió al puente para hacerse oír.

—Sabemos que las tierras de los lotófagos son muy occidentales, así que tenemos idea de donde estamos: Ítaca queda muy lejos al este. Atravesar el mar desierto de nuevo sería insensato, sin embargo, mirad, aquí las aguas son más claras, luego son menos profundas. Si seguimos hacia el norte, confío en que hallaremos islas con tierras fértiles y una ruta corta y fácil para volver a nuestra orilla.

Cuando escucharon ese juicio astuto, todos lo compartieron y volvieron a los bancos sin más quebranto. La flota siguió lealmente a la nave del rey. Pero luego llegó la noche

y las tierras libias desaparecieron mientras que las islas del norte aún no se veían. Una gran irritación se levantó en los barcos. Los hombres estaban famélicos, no se sentían capaces de seguir remando. ¿Cuánto tiempo podrían contenerse los ánimos si no hallaban con qué alimentarse? Muchos se tumbaron con la espada en la mano aquella noche, temiendo por su cuello.

Así les sorprendió la aurora de azafranado velo al día siguiente, tras una noche de mal descanso. Entonces los itacenses comprobaron que su rey tenía razón y que los dioses quizás volvían a guiarlos. Ante sus proas se mostraban varias islas de costas verdes. Las naves se apresuraron hasta la más cercana, una isleta de húmedas colinas y prados ondeantes. No parecía que en ella vivieran seres humanos. Ulises mandó recorrer la ribera, que sus hombres desesperados escudriñaban desde las bordas.

—¡Allí! —gritó un vigía—. ¡Sobre aquel collado rocoso!

Mirando en esa dirección, vieron que la isla estaba habitada por cabras montesas que pacían tranquilas, sin temor a ningún cazador. El rey dio la orden de desembarcar en una bahía al abrigo de los vientos. Antes de que las naves alcanzaran la orilla, muchos hombres saltaron al agua con arcos y venablos y corrieron a los riscos soñando con un festín cabrío.

En aquel paraíso pudieron descansar al fin los griegos y saciar su hambre y su sed. En alegre cacería, mataron tantas cabras que pudieron repartirlas a razón de nueve por barco, diez para el rey. Entretanto, Ulises recorrió sus fértiles paisajes y ascendió al punto más alto para otear el mar que los rodeaba. Desde allí examinó la siguiente isla, que se encontraba a poca distancia. Era mucho mayor y más fragosa,

y en sus bosques se veían claros regulares, practicados con hacha, y enormes grutas en las montañas. Al bajar, el ingenioso Ulises, que se deleitaba en saber siempre un poco más que los demás, no dijo nada sobre lo que había avizorado.

Hasta bien entrada la noche, los suyos se recrearon comiendo carne de cabra y bebiendo el vino que todavía les quedaba. Se durmieron en las sombras oyendo el romper de las olas. Su rey, por el contrario, siguió despierto, mirando a través de la noche hacia la otra isla, porque allí, palpitando en las tinieblas, se veían luces lejanas que parecían grandes fuegos, y volando sobre la espuma, se oían fieros bramidos de criaturas que no parecían humanas.

Cuando volvió a acariciarles la aurora con sus dedos rosados, Ulises reunió a sus capitanes:

—Leales amigos, quedaos aquí con vuestros hombres. Yo iré con mi nave a explorar la gran isla que se ve ahí delante, pues quiero saber quiénes son sus moradores, si viven salvajes, sin ley ni justicia, o si reciben al huésped y temen a los dioses.

Luego subió a su nave y ordenó a su tripulación soltar las amarras. Sentados en fila sobre los bancos, sus marineros empezaron a batir las aguas turquesa, limpias y claras, llenas de peces, y el navío se alejó hacia la costa vecina. En ella el día claro daba luz sobre altísimos pinos y encinas y lo que parecían gigantescas losas hundidas en la tierra que formaban recintos. Cuanto más cerca estaban, más fuerte oían mugidos y balidos de reses, y apreciaban hebras de humo de inmensas fogatas. Llegaron hasta ellos voces roncas y feroces de monstruos que disputaban y no pocos de los tripulantes sintieron que el tuétano de los huesos se les helaba.

2

La venganza de Poseidón

Habiendo atracado en una playa resguardada, Ulises escogió a doce guerreros valerosos y dejó a los demás guardando la nave. Los exploradores se echaron a la espalda sacos de viandas y odres de buen vino tracio, y, así pertrechados, se pusieron en camino.

Apenas remontaron las primeras colinas, advirtieron que estaban en una isla inmensa. Hacia el norte aparecía verde y florida, pero el sur era amarillento. Un viento seco y caliente subía desde las costas libias. Aun así, crecía allá toda suerte de alimentos —trigo, cebada, vides de abultados racimos—, sin que se vieran en la tierra surcos ni trabajo alguno, como si se tratara de una obra de los eternos.

Anduvieron en busca de las cuevas que había avistado el rey hasta que encontraron una de ellas, una gruta rocosa de alto techo abovedado, con la entrada sombreada por laureles y rodeada por una cerca de pinos y encinas. Se internaron en

ella con prudencia, esperando encontrar al señor de la casa, pero estaba vacía. Contemplaron admirados que todo allí era de un tamaño desmedido: cestos de quesos capaces de alimentar a una familia durante un año, canastas gigantescas en desorden, enormes barreños llenos de suero de leche, tinas y cubos inmensos para el ordeño. En los establos se apretujaban muchas reses, ovejas y cabras, separados por edad.

A la vista de todo aquello, Polites y Euríloco pidieron al rey que cargasen todos los quesos que pudiesen transportar o llevasen al barco las reses que quisieran para volver cuanto antes. Pero Ulises quería ver a las criaturas grandiosas que vivían en aquellos contornos y hablar con ellas, en lugar de marcharse con el producto de un robo. Por eso mandó encender una hoguera y ofrecer un sacrificio, después de lo cual probaron un poco de queso y aguardaron a los amos de la cueva.

Caía la tarde cuando vieron a una criatura alta como un ciprés, de envergadura formidable, que remontaba la colina conduciendo ganado y llevando una carga inmensa de leña sobre sus espaldas. Era uno de aquellos seres a los que llamaban cíclopes por el gran ojo redondo que tenían en medio de la frente, criaturas feroces que habían olvidado el arte de la herrería, que habían puesto al servicio de Zeus en otros tiempos. Ahora, había oído Ulises, eran pastores sin leyes, asambleas ni mercados que vivían como ermitaños. El cíclope llegó a la puerta y echó la leña al suelo con tanta fuerza que la tierra retumbó. Los griegos, sobrecogidos de espanto, corrieron a esconderse en un rincón oscuro. Desde allí vieron cómo acomodaba las reses en sus establos y luego cerraba la entrada haciendo rodar una peña inmensa. Después se sentó en el suelo a ordeñar el ganado. Sus piernas parecían

robles milenarios y tenía brazos y manos lo bastante grandes para levantar bloques de granito como si fueran balas de paja.

Después de ordeñar, echó savia de higuera en la leche para cuajarla y elaborar el queso que secaba en sus cestas. Luego encendió el fuego del hogar. Fue en ese momento cuando reparó en los intrusos que se agazapaban en una esquina. Su voz resonó como un trueno contra la pared de roca:

—¿Quiénes sois, extranjeros? ¿Piratas que llevan la desgracia a los pueblos? ¿Qué es lo que os trae a estas orillas?

El corazón de los itacenses temblaba dentro de su pecho. Solo Ulises fue capaz de sobreponerse y avanzar unos pasos.

—Somos griegos y volvemos de Troya, pero nos hemos perdido en el mar. Pedimos tu protección. Teme a los dioses y acógenos en tu casa, pues Zeus ampara a los suplicantes.

El cíclope quedó en silencio mientras los observaba. Después se les acercó un poco, inclinándose para verlos mejor, mientras ellos se apretujaban contra la pared.

—Dime, náufrago de Troya, ¿dónde está el barco que os ha traído?

Ulises sospechó de sus intenciones.

—Lo arrojó Poseidón contra las rocas y quedó despedazado. Solo nos salvamos de la muerte yo y estos amigos.

Tampoco el cíclope respondió a estas palabras, sino que siguió estudiándolos con su ojo centellante. Entonces, con una agilidad imprevista para su cuerpo aparatoso, extendió las manos y agarró a dos marineros como si fueran cachorrillos, los aplastó contra el suelo dejando una mancha de sangre y sesos, y luego fue a sentarse frente al hogar, donde los despedazó miembro a miembro y los engulló, bebiendo leche de tanto en cuanto. Ante aquella barbarie, los griegos cayeron

de rodillas, gimiendo e implorando a Zeus. El monstruo salvaje ronroneaba como un león satisfecho al mordisquear los huesos de sus amigos. Después, con la tripa llena, se extendió en su jergón hecho de tallos de mimbre, que notaba como heno en su curtida espalda. Apenas lo oyeron roncar, los agraviados guerreros sacaron sus espadas, deseosos de lanzarse sobre él y vengarse con sangre. Su rey les cerró el paso.

—¿Quién apartará la piedra que cierra la salida? —les dijo.

Ellos vieron enseguida que le asistía la razón. Afligidos, se retiraron a lugares recónditos donde se lamentaron para sus adentros mientras avanzaba la noche. Ulises, sin embargo, salió a recorrer la cueva, mientras durmiera su captor, en busca de cualquier cosa que pudiera usar en su provecho para sacar a sus hombres del espantoso apuro en que los había metido.

∞

Al clarear la mañana, el cíclope se levantó, encendió el fuego y comenzó a rebuscar por los rincones hasta dar con los intrusos, ocultos en un frío agujero. Aunque agotados por el sueño y el miedo, los griegos se alzaron al punto y corrieron en todas direcciones. Los largos brazos del monstruo atraparon a otros dos de ellos. De nuevo asistieron los itacenses a un banquete inconcebible. Después, el gigante cruel apartó la piedra de la entrada como quien abre una caja y sacó sus reses a pastar. La entrada volvió a cerrarse a su espalda. Los silbidos estridentes con que guiaba el rebaño se alejaron por el monte.

En cuanto se vieron solos, Ulises llamó a sus hombres, que pobremente se tenían en pie, porque tenía en la cabeza una estratagema. Había encontrado en uno de los establos un gran

tronco de olivo puesto a secar. El rey desgajó de él una estaca del grosor que un brazo podía rodear y la longitud de un mástil de navío, y mandó a sus hombres que le afilaran la punta y luego la endurecieran al fuego. Cuando estuvo lista, la ocultaron entre el estiércol. Ulises echó a suertes quién lo ayudaría a clavarla en el ojo del monstruo cuando volviese a dormir.

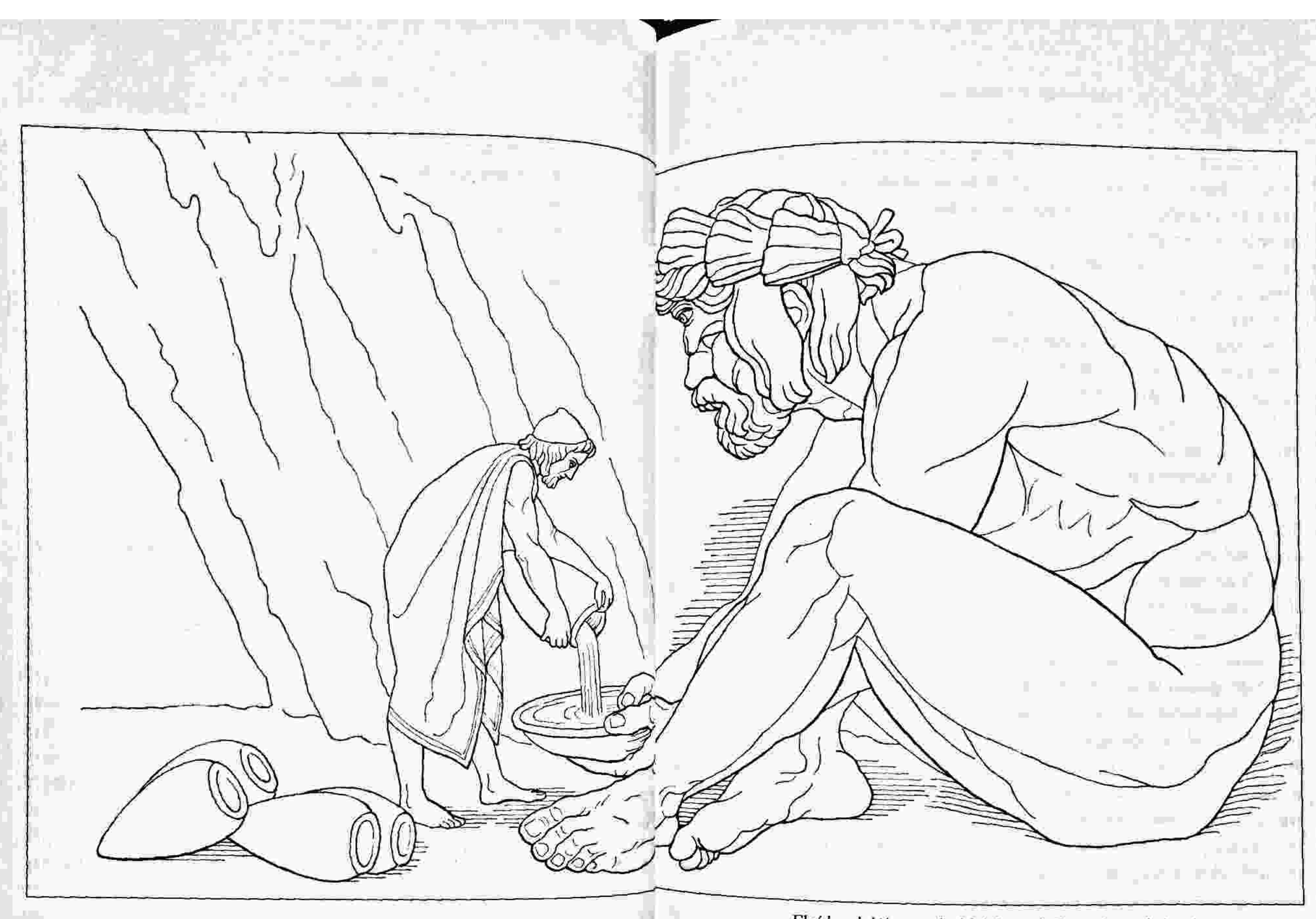
El cielo enrojecía. Llegó a la cueva el alboroto del atroz pastor, que regresaba con su ganado. De nuevo dentro, cerró la entrada y guardó las reses en sus rediles, las ordeñó y preparó los quesos. Parecía haber olvidado a los intrusos, que lo observaban escondidos tras unas cestas sin atreverse a respirar. Sin embargo, acabadas sus labores, encendió el fuego, se sirvió una jarra de leche y luego fue a buscarlos para la cena. Los hombres salieron corriendo e intentaron llegar hasta los mimbres del lecho, en cuya jungla se internaron, faltándoles ya el resuello. Las manazas del gigante se llevaron a los dos más rezagados.

El cíclope disfrutó de su festín caníbal sentado al fuego, sorbiendo sesos mientras murmuraba de gusto. Había acabado ya y se disponía a beber leche cuando vio que se acercaba el valiente hombrecillo que le había hablado el día anterior. Levantaba hacia él una jarra de vino de aroma intenso, afrutado, muy sabroso.

—Permíteme que te ofrezca nuestro vino, cíclope —le dijo Ulises—, pues hace exquisita la carne humana. Traía un poco como obsequio si nos ayudabas. Hasta ahora no has obrado con justicia, pero aún puedes cambiar tu proceder.

El cíclope le arrebató la jarra sin decir palabra y la vació de un trago bestial.

—Dame más, extranjero, no escatimes, y dime cuál es tu nombre para poder corresponderte con un regalo. Para que sepas con quién tratas, te diré que el mío es Polifemo.



El cíclope bebió gozando del dulzor y la fuerza de aquel vino sin aguar.

Hasta tres veces le sirvió Ulises con toda cordialidad, y el cíclope bebió gozando del dulzor y la fuerza de aquel vino sin aguar. Como vio que se movía con torpeza y el brillo de su solo ojo se enturbiaba, el rey le habló con palabras confusas:

—Te diré mi nombre, ya que quieres saberlo: me llamo Nadie. Así me llamaban mi padre y mi madre, y de todos mis amigos soy conocido.

—Pues voy a darte mi obsequio —dijo Polifemo con la lengua pesada—: a Nadie me lo comeré el último, después de sus compañeros.

Habiendo dicho esto, dudó por un momento, como si no entendiera sus propias palabras, y un sonoro eructo le devolvió a la boca el vino y pedazos de carne humana. Inclinándose de lado, se desplomó cuan largo era haciendo retemblar el suelo. El astuto Ulises lo observó por un instante sin osar moverse. Aquel era un vino tan poderoso que cada copa había que partirla en veinte de agua. Por eso se lo había dado sin aguar. El monstruo soltó un ronquido largo y profundo que pareció que iba a partirle el pecho. Entonces el griego engañador corrió a buscar la estaca y, con la ayuda de los hombres a quienes había designado la suerte, la llevó al hogar para calentar la punta. Cuando estuvo al rojo vivo y a punto de inflamarse, la cargaron hasta el cíclope, que había quedado tendido de costado. Esforzados, gruñeron al estirar los brazos para alzar el madero a la altura de su enorme ojo y, tomando impulso, le clavaron la punta ardiente en el párpado, que penetraron hasta la niña que estaba debajo. El fuego silbó en el fondo del ojo como el hierro incandescente al sumergirse en el agua. Ulises lo hizo girar como el taladro de un carpintero hasta hacer borbotar la sangre caliente. Polifemo se despertó con un alarido inhumano

que hizo volar de miedo a los griegos. Rugiendo de dolor, se alzó, se arrancó la estaca de la órbita y se agitó como un demente por la cueva. Golpeaba sus arreos, pateaba su camastro, llamaba con grandes gritos a sus hermanos de raza.

Alertados por sus clamores, algunos cíclopes que vivían en la vecindad se acercaron a la roca que tapaba la cueva y le hablaron ariscos, porque no se gustaban los unos a los otros.

—¿Por qué das esas voces y nos dejas sin sueño?

—¡Nadie me mata, amigos, Nadie me mata a traición! —gritó Polifemo gemebundo desde el fondo de su guarida.

—Pues si nadie te hace daño, ¡deja de hacer tanto ruido!

Así se marcharon, enojados, mientras refunfuñaban y rogaban que su padre Poseidón curara a su hermano de sus delirios. Ulises se divertía al oírlos.

Como se vio abandonado por los suyos, el gigante ciego se condujo a tientas hasta la entrada, apartó el peñasco que la tapiaba y se sentó tendiendo los brazos adelante para atrapar a quien pretendiese escapar. Pero Ulises había pensado también cómo salir. Había en los establos muchos carneros cebados, bien hermosos y grandes, recubiertos por un espeso vellón. El rey mandó traer tres de ellos y probó a atarlos uno junto al otro con tiras de mimbre que procuró ocultar entre sus lanas. Debajo del vientre del carnero del medio podía colocarse un hombre, ceñido por las tiras y agarrado a las guedejas, de manera que los otros dos animales lo protegerían a derecha y a izquierda. Cuando vieron aquella estratagema, los griegos sintieron revivir sus corazones, aunque callaban su contento para no hacerse oír por el monstruo.

Pasaron el resto de la noche preparando sus cabalgaduras y suspirando quedamente bajo la presencia del cíclope, que

se había calmado, pero no se movía de la puerta. Cuando asomaron los dedos de la aurora, las hembras balaron, molestas por sus ubres llenas, y los machos comenzaron a brincar. Polifemo abrió los establos para dejarlos salir, pero, apostado a la entrada, iba palpando uno por uno sus lomos por si alguien iba subido en ellos. Abrumado por su horrible sufrimiento y la falta de sueño, no pensó en tentarles el vientre ni sospechó más tretas. Así, colgados de los vientres de los carneros, fueron los griegos escapando de la gruta.

Ulises se había quedado el último y había escogido para sí el carnero más gallardo, que sobresalía en mucho de los demás por su corpulencia y su hermoso vellón. Había decidido arrebatárselo a aquella bestia sin alma y ofrecérselo a los dioses. Deslizándose debajo de su barriga, se aferró fuertemente a sus lanas ensortijadas y luego dejó que siguiera a sus compañeros. En la puerta, la mano del cíclope cayó sobre el animal y el corazón de Ulises dio un vuelco.

—Carnero leal —dijo Polifemo, acariciándolo—, ¿cómo te quedas hoy rezagado, dejando que los demás te arrebaten el mejor pasto? ¿Te compadeces de la desgracia de tu amo?

Y luego lo soltó para que saliera al campo libre.

◇◇◇

Los golpes de los remos azotaron el mar espumoso cuando el barco de Ulises salió de la bahía, llevándose los carneros capturados. Los remeros se lamentaban, pues veían grandes vacíos en los bancos que mostraban el saldo trágico de la aventura. Al rodear un gran cabo para volver a la isla de las cabras, Ulises se percató de que los prados que rodeaban la cueva del cíclope se divisaban desde el mar, e incluso llegó a verlo remontando



Ulises se aferró fuertemente a las lanas ensortijadas del carnero más gallardo.

penosamente la loma con su rebaño y gruñendo para sus adentros. Como se hallaban todavía a una distancia que permitía que se oyera su voz, se encaramó a la popa y gritó:

—¡Escucha, cíclope! ¡Osaste comerte a tus huéspedes dentro de tu casa y Zeus se ha vengado! ¡Si algún día alguien te pregunta quién te vació el ojo, dile que fue Ulises, el destructor de Troya, que nació de Laertes y tiene su casa en Ítaca!

Al oír esto, Polifemo se volvió hacia el mar dominado por la furia y elevó ambas manos al cielo.

—¡Oh, Poseidón, señor de los mares, si en llamarte mi padre te complaces de verdad, te ruego que Ulises de Ítaca, nacido de Laertes, no retorne nunca a su hogar! ¡Y si está destinado que un día vuelva, que sea tarde y mal, después de perder su barco y a todos sus amigos y que en su casa no encuentre sino miseria!

Aquella terrible súplica dejó helados a los remeros, que rogaron a su jefe que no siguiera provocando al monstruo. En la montaña, Polifemo arrancó una peña y la arrojó contra el barco. Su caída levantó una fuerte ola que empujó al navío y pareció que lo volcaba. Los griegos bogaron con fuerza para escapar de su reflujo y solo así lograron ganar distancia.

◇◇◇

Ya amanecía cuando los disminuidos restos de la flota de Ítaca, de la que apenas quedaban ya unos cuantos bajeles, volvían a salir al mar dejando atrás el islote de las cabras. Al este de la tierra de los cíclopes, que todos observaban con aversión, esperaba el rey arribar a las aguas de la patria, las del mar Jónico, que imaginaba cerca. A pesar de ello, había silencio en las naves. Bien se daba cuenta Ulises de que algunos lo observaban de reojo y comprendía que no podían vagar

mucho más. Tenían que recalar pronto en una tierra amiga, reparar sus naves, dar noticia de que estaban vivos.

Y así sucedió que, a las pocas horas de navegación, cuando los marinos empezaban a sentir el peso del cansancio, avistaron una isla que relumbraba bajo el sol. Al aproximarse vieron que estaba rodeada por una muralla de bronce liso, en cuyo interior se extendía una gran capital, bella y abigarrada, con incontables torres. Colina arriba se alzaba un palacio espigado, de leve aspecto, que no parecía sostenerse mediante paredes sino por el solo efecto de sus muchas columnas.

Llegaron frente a la bocana del puerto, donde se abrió la muralla para darles una bienvenida confiada. Adentro, el grueso de la flotilla quedó varado frente a los muelles mientras el barco del rey atracaba en un desembarcadero populoso, en el que se trajinaban pescadores y alegres mercaderes. La ciudad gozaba de buen humor. Al bajar de su navío, los marinos de Ítaca vieron que, bajo la superficie del agua, la isla no se hundía en el mar, sino que flotaba por encima de manera que era posible bucear debajo de ella y contemplar sus raíces. Un heraldo vino a buscarlos y les dio la bienvenida a Eolia, la isla flotante. Así supieron que habían llegado a los dominios de un varón querido por los dioses a quien el mismo Zeus había encomendado una tarea principal: Éolo, el guardián de los vientos. Acompañado de una breve escolta, Ulises siguió al heraldo hacia el palacio, ante lo cual los hombres que dejaba anclados en la bahía murmuraron descontentos.

En las abiertas estancias de Éolo, unas brisas simpáticas corrían sin descanso, ahora refrescando y ahora dando calor, según hubiera sol o sombra. Con su jugueteo feliz, agitaban las telas que pendían entre las columnas, una separación va-

porosa, intermitente, entre salas y pasillos. El buen príncipe de aquel país etéreo parecía no tener nada que ocultar. Recibió a Ulises en el salón de banquetes, que estaba repleto de mesas y de comensales jolgoriosos. Impulsado por un remolino, Éolo se alzó de su trono, presidiendo la fiesta, y alcanzó al recién llegado en un suspiro. Era un monarca gentil, con una barba blanca que hacía venerable su recio aspecto.

—Soy Ulises, rey de Ítaca —se presentó su visitante—. Vuelvo con los míos de los campos de Troya, donde luchamos con la hueste de Agamenón, de fama sin par bajo el cielo, pues tan grande ciudad arrasó y tantos pueblos derrotó.

—Durante largo tiempo los vientos han traído noticias de la Tróade —respondió Éolo—, y tengo gran interés en las valerosas acciones que se vieron allí. Toma asiento a mi lado y háblame de los griegos, de sus navíos, de su regreso.

Ulises asintió respetuosamente y, acomodándose junto a él, procedió a informarlo de todas aquellas cosas.

◇◇◇

Un mes hospedó el señor de los vientos a los itacenses en su isla volátil. Éolo tenía doce hijos, seis varones y seis hembras, casados unos con otros. Comían todos en casa del padre cada día los sabrosos manjares que jamás faltaban en la mesa, cuyo aroma recorría la isla, acompañado de música y cantos hasta caer la noche, en una celebración continua. En su hermosa villa encontraron acomodo los guerreros de Ulises mientras él pasaba jornada tras jornada en compañía del buen príncipe, que no cesaba de preguntar por la guerra.

Pasado el tiempo, el rey de Ítaca vio que los suyos ardían en deseos de zarpar de nuevo, pues los eolios les habían explicado dónde se encontraban y cuál era la mejor ruta a casa. Anunció a Éolo su decisión de marcharse y le pidió que favoreciese su regreso. Bien dispuesto a hacerlo, el príncipe bajó al muelle el día de la partida para despedirse llevando un odre muy hinchado, hecho con la piel de un toro de nueve años.

—Acepta este obsequio, pues aquí se encierra una parte de cada uno de los vientos que soplan sobre la tierra —le dijo—. Úsalos sabiamente para volver a tu hogar, pero solo si los necesitas, porque son muy poderosos.

Él mismo ató el odre con una cuerda de relucientes hilos de plata a la popa del navío, sujetándolo de tal manera que no podía escapar ni la más leve brisa. Todos vieron cómo Ulises recibía aquel presente notable preguntándose qué sería, pues ambos nobles departían solo entre ellos.

Siguiendo las indicaciones de los eolios, la flotilla salió del puerto, pero en lugar de poner proa al este, enfilaron hacia poniente para rodear la tierra de los cíclopes, aunque fuera el camino más largo, pues si tomaban el más rápido, directamente hacia el Jónico, tendrían que pasar por el estrecho donde habitaban los terribles monstruos a los que llamaban Escila y Caribdis, que hacían de los navegantes su alimento.

Ansioso por llegar, Ulises no quiso confiar a nadie el manejo de la nave. Ni de día ni de noche soltó las cuerdas que regían las velas mientras circunvalaban la gran isla, ni tampoco cuando se internaron luego en el mar de la patria. Nueve días seguidos llegó a navegar el rey sin descansar un solo instante hasta que, al acabar la décima jornada, avistaron las colinas de la isla de Same, detrás de la cual Ítaca estaba a un tiro de piedra. Caía la noche y ya se veían arder hogueras en la tierra de los samios. Solo entonces, rendido de sueño y viéndose ya en casa,

aceptó ceder el gobierno de la nave y echarse a descansar para encontrarse fresco cuando volviera a abrazar a los suyos.

Apenas cayó dormido, sucedió que tres de sus hombres se enzarzaron en una disputa de espaldas a los demás.

—Ulises es honrado allá donde llega, y no es poco el botín que saca de ello, mientras que nosotros, que hemos hecho frente a los mismos peligros, regresamos a casa con las manos vacías.

—¿Qué será lo que le dio el rey de Eolia? ¿Mil alhajas preciosas para embellecer su mansión?

—Miremos qué tesoros contiene ese odre, y si está lleno de oro y plata, exijamos que se repartan entre todos.

Así conspiraban, de modo que al final el peor parecer terminó por imponerse. Decididos, se agolparon en la popa y, antes de que nadie se diera cuenta de lo que tramaban, aflojaron la cuerda de plata del odre. No bien la hubieron soltado, el saco vomitó un huracán violento que los lanzó por los aires. Los vientos desatados se aceleraron formando un tornado que se prolongó desde el mar hasta el cielo, alzando las aguas y aspirando las nubes. Las otras naves intentaban alejarse, sin poder evitar verse atrapadas por el torbellino y luego salir despedidas a lo lejos. Despertando abruptamente, Ulises se vio en el corazón de la espiral que envolvía su barco.

—Oh, dioses, ¿qué queréis de mí? —gritó al ciclón—. Si así está decretado, saltaré ahora mismo por la borda para hundirme en los abismos del mar. Pero sabed que tengo el ánimo resuelto a resistir todas las calamidades que me arrojéis.

Y diciendo así, se asió con firmeza a las maromas, mientras los marinos que aún quedaban en el barco, refugiados en recovecos, lo observaban con ojos aterrados, encogidos y brillantes.

3



El amor de la hechicera

El acaloramiento despertó a los griegos de su doliente letargo. Se sentían molidos y los oídos les silbaban. La nave había perdido todos los palos y flotaba inerte, solitaria, en medio del piélago azul, solo distinguible del cielo por la línea del horizonte. El sol caía a plomo. Ulises se había subido al castillo de proa y escrutaba la lejanía. Allá se perfilaba, brumosa, una línea de tierra centelleante. «¡Eolia!», exclamó alguien. Los vientos los habían arrastrado de vuelta al puerto de partida. Todos se agolparon en la borda para ver cómo la isla se volvía cada vez más difusa y se apagaba su fulgor hasta desvanecerse.

—¡El viento huye de nosotros! ¡Allí ya no nos quieren! —dijo Euríloco, desalentado.

Ulises vio el abatimiento en los rostros de sus hombres.

—Debemos permanecer fieles unos a otros, pues no nos queda nadie más —les dijo—. Busquemos un puerto seguro donde reparar la nave y luchemos otro día por volver a casa.

No había alternativa, los ánimos estaban quebrados. Muchos gemían preguntándose cómo podrían arribar a ningún lado con el timón partido y los remos rotos. Al verlos tan lastimeros, Polites se alzó entre ellos, enérgico.

—Armaremos un timón con la madera de los bancos vacíos y arrancaremos tablones de la cubierta para reforzar los remos. ¡No perdamos más tiempo!

A pesar de su desespero, se pusieron a ello arrastrados por el brío de su capitán, de modo que, al poco rato, volvían a batir el mar bajo el ardor del mediodía. Bogaron y bogaron con esfuerzo, porque escaseaban los brazos, arrastrando su combado bajel por el mar desierto hasta que languideció el cielo del este en rojo bermellón.

Al límite de sus fuerzas, lograron arribar nuevamente a una isla. Anclaron en una rada y, agotados por la fatiga y la tristeza, se echaron en la hierba de la orilla. El paisaje era frondoso, aunque sereno; habitado solo por aves, sin que se oyeran ni fieras ni hombres. Más tarde, tras reponer sus fuerzas, tendieron los restos de las velas entre los árboles para acampar debajo. Durmieron como niños aquella noche, desatendiendo sus guardias, aunque todos se fingían muy despiertos cuando llegaba el nuevo centinela. Su descuido no tuvo consecuencias, sino que llegó la aurora rosada sin más suceso que el trino exuberante de los pájaros de aquel paraje.

Durante el día que siguió no salieron del campamento, fingiéndose necesitados de reposo cuando en realidad temían la floresta, cuya espesura escudriñaban con ojos bien abiertos. Procurando no separarse mucho unos de otros, comieron solo algunas bayas que encontraron cerca de la playa, y se les fue pasando el día tendidos aquí y allá, discutiendo cómo

repararían la nave sin herramientas. A todo esto, Ulises recorría el linde del bosque, triscaba sobre las rocas para ver más allá, desaparecía un rato en la fosca enmarañada, de donde volvía examinando bellotas, ramas de árboles, excrementos de animales. Sus hombres lo observaban desde la sombra, removiendo el fuego. Euríloco dijo para sí, pero haciéndose oír por los demás:

—Mal halla quien busca mal.

A lo que Polites contestó:

—Mal halla quien piensa mal.

Al caer la noche, alrededor de la hoguera, intentaban organizar las tareas del día siguiente mientras corría de mano en mano el último pedazo de pan que habían salvado y el último odre de agua. Cuando los dos se acabaron, se hizo el silencio. Los hombres no se miraban, sino que fingían estar pensando o haciendo algo. Al fin su jefe rompió el mutismo.

—¿Quién vendrá conmigo a hacer aguada y a capturar buenas piezas para el viaje?

Nadie respondió, ni siquiera su mejor capitán. Ulises no volvió a preguntar.

◦◦◦

Al despertarlos la luz de buena mañana, el rey había partido sin ellos. Mientras se iban desperezando unos a otros para contárselo, avergonzados por su cobardía, Ulises se encontraba ya atravesando el boscaje muy tierra adentro, armado con una lanza. Buscaba un promontorio que había avistado desde la costa, desde cuyas alturas podría otear el resto de la isla. Cuando lo estaba remontando, oyó las aguas cantarinas de un torrente. Oculto entre el follaje por prudencia, vio que el río bajaba

grácil, salvaje. En el momento en que iba a salir de su escondite para refrescarse con sus aguas, apareció un gran ciervo de excelsa cornamenta que venía de lo alto, agobiado por la furia del sol. Como el animal se distrajo para ponerse a beber, Ulises salió de la maleza dando un salto y le arrojó la lanza de modo certero. El ciervo se desplomó exhalando un mugido.

Cargó con la desmesurada pieza sobre los hombros colina arriba y, al llegar a la cima, la dejó caer a la sombra de un pino. Desde aquella cota pudo contemplar que la isla no era muy grande, sino que podía recorrerse en un solo día. La recubrían espesas arboledas, cuyo corazón era un inmenso bosque de encinas. Allí se alzaba una columna de humo.

Más tarde, cuando su caudillo apareció doblado bajo el gran ciervo, apoyándose en la lanza para avanzar, los itacenses dejaron lo que tenían entre manos para correr a él. Ulises tiró la pieza a sus pies y les dijo:

—No habremos de hundirnos en las casas de Hades, por tristes que estemos, mientras haya al alcance comida y bebida.

Admirando el coraje de su rey, el velo de la amargura se esfumó en el pecho de los itacenses. Todos prorrumpieron en vítores y se apresuraron a aderezar el animal para regalarse un banquete. Pasaron toda la tarde devorando la sabrosa carne, animados por los últimos restos de rojo vino. Después, aprovechando que estaban contentos, Ulises, el de las muchas tretas, les habló del humo que había visto en el centro de la isla. Volvieron los gestos de angustia entre los hombres, que se lamentaron y rogaron a su rey. Más de uno perdió la vergüenza y osó decir que tenía miedo de lo que les deparaba aquel funesto viaje. Los dioses los habían maldito por sus acciones, musitaban. Estaban sucios.

—Yo siento temor como todos vosotros, pero ¿cómo haremos remos y tablones de estos árboles? —insistió el rey.

Tenían que saber quién moraba en la isla y si podía asistirlos en su apuro. Ahora bien, para aquietar los ánimos, Ulises propuso que se dividieran en dos grupos y echaran su suerte en un casco de bronce. Los hombres consideraron que era una buena solución. Metieron guijarros en un casco y los removieron. Ulises se atribuyó el primer grupo, mientras que el azar decidió que Euríloco quedara al cargo del segundo. Fue este quien sacó del casco la piedra oscura, que decidía quién saldría a explorar. Y así, al caer la tarde, Euríloco emprendió el camino con sus hombres protestando intranquilos, mientras sus compañeros, igualmente angustiados, los veían partir.

Ulises ocupó a su grupo en buscar y señalar los árboles que talarían al día siguiente. En esa tarea pasaron la tarde y luego los atrapó la noche, sin que hubiera noticia de los exploradores. El rey destacó a un hombre de guardia en el límite del bosque para que avisara al menor movimiento. A medida que las horas pasaban, el silencio iba pesando más en el campamento.

Cabeceaban ya los griegos mecidos por el rumor de las olas cuando el vigía dio la alarma. Todos se alzaron al punto para recibir a la comitiva, pero el único que salió del bosque fue Euríloco. Apareció corriendo como si se le fuera la vida, el cuerpo lacerado por ramas y matojos sin que sintiera las heridas. Cayó a los pies de Ulises gimiendo, hipando, con el rostro blanco y la mirada ida. El rey intentó consolarlo y hacerlo hablar, pero enseguida la voz se le rompía en llanto. Como vio el barco anclado en la orilla, salió corriendo hacia él y, saltando al agua, subió a bordo y se escondió en

un rincón. Ulises no dijo palabra. Se colgó del hombro la espada, se cruzó el arco y las flechas a la espalda y tomó en solitario el camino del bosque.

⋄⋄⋄

Avanzaba el valiente Ulises por la espesura bajo el manto de la noche orientándose con las estrellas en dirección al centro de la isla. Mientras miraba a lo alto, tuvo que detenerse porque vio que una lejanísima luminaria, casi imperceptible, caía del cielo y parecía perderse más allá de las copas de los árboles, deshaciéndose en forma de una lluvia plateada. Desenvainando, siguió su camino. Y sucedió que, al poco rato, oyó pasos que se acercaban. Alzando la espada, se ocultó detrás de un tronco grueso y quedó a la espera.

—¿Cómo vas tú solo, desdichado, a través de estas breñas sin conocer el país? —dijo a su lado, aparecido sin más, un joven al que el bozo ya empezaba a apuntar en la edad más graciosa. Portaba una vara alada de oro, por la cual Ulises reconoció que era el mensajero Hermes, espía nocturno y gran engañador, el padre de su abuelo Autólico, de quienes muchos decían que él mismo había sacado el talento para embaucar.

El dios le desveló que había recalado en la isla de Eea y que estaba yendo a entregarse como un adolescente atolondrado a las manos de Circe, la rica en venenos, una maga de cuyas artes no podría rescatar a sus amigos ni él mismo resistirlas si no llevaba consigo la protección apropiada. Se agachó para arrancar a sus pies una planta de tallo espigado, con flores como la leche, de la que le mostró las semillas, una especie de ajo negro que se escondía bajo tierra.

—He aquí una raíz saludable —le explicó—, que pondrá a salvo tu cabeza de los brebajes de la maga. Pero piensa que sus malas trazas no son solo de esta suerte, así que guárdate de sus dulces promesas, capaces de privar de su vigor al guerrero más fuerte, y exígele el gran juramento que tienen los dioses, porque está obligada por él.

Dicho esto, Hermes le estrechó la mano, por cuyas venas corría su propia sangre, y se retiró hacia la oscuridad hasta desaparecer en ella.

⋄⋄⋄

Oculto en el apacible valle central de la isla, las encinas custodiaban un palacio de piedra tallada elevado sobre escalinatas, las paredes cubiertas de plantas trepadoras, la hierba asomando por cada grieta, el suelo recorrido por la hojarasca que movía la brisa. Era difícil distinguir sus esbeltas columnas de los árboles del bosque, de manera que parecía haber florecido por sí mismo del lecho musgoso. La voz melosa de una excelente cantante se dejaba oír a través de sus puertas y sus ventanas, siempre abiertas.

Cuando Ulises, que llevaba un rato siguiendo el canto, salió al claro que se abría frente a la puerta principal, fue a su encuentro un dispar grupo de lobos de agudos dientes y leones de largas melenas. El rey se detuvo con la mano tensa junto a la empuñadura de su espada, mientras las bestias caminaban a su alrededor observándolo con sus ojos salvajes. A pesar de su fiero aspecto, no le hicieron ningún daño, sino que alzaron y agitaron sus colas como los perros cuando salen a recibir a su amo. Al ver que no lo atacaban, Ulises siguió adelante remontando la escalera que conducía a la

entrada, donde se detuvo para echar una mirada adentro. El vestíbulo se abría a un patio con una amplia columnata, iluminada con teas. El canto procedía de una estancia que se encontraba al otro lado. A través de las grandes puertas abiertas de par en par, se entreveía una grácil figura femenina ocupada en labrar un tejido radiante, tan extenso que alcanzaba del suelo al techo, y las fibras que lo alimentaban formaban una maraña que ocupaba el resto de la sala. Ulises cruzó el umbral para verla mejor. La voz calló. Él se quedó inmóvil, vigilante, pero ya no veía a nadie.

—Bienvenido a mi morada, viajero. ¿Qué te trae hasta aquí en plena noche?

Ulises se echó a un lado. La hechicera estaba junto a él. Era joven, de piel pálida y mejillas sonrosadas. Hirsutos cabellos castaños le caían por la espalda cual manto divino. Sus ropas vaporosas, frescas, filtraban el tono de su piel con reflejos cambiantes, ahora del color de la esmeralda, ahora del color de una turquesa. Tenía una mirada amable y una sonrisa muy llena y carnosa.

—Me he perdido —respondió el artero Ulises, a pesar del nudo que le oprimía el corazón.

—Pues nada más has de temer, has llegado a lugar seguro.

Lo tomó del brazo suavemente y lo acompañó al interior, prometiéndole alimento y descanso. En el salón de banquetes, la mesa seguía servida para varios comensales, con queso, pasteles, miel verde y abundante vino. Pero Circe no lo sentó en ella, sino que le ofreció su propio trono, una hermosa pieza de oro macizo, delicadamente labrada con cabezas de león, que presidía los convites desde lo alto de una tribuna. A modo de respaldo, tenía un espejo circular que reflejaba toda la sala, en

el cual se apoyó Ulises terriblemente incómodo, pues, dando la espalda al mundo inverso del espejo, se sentía expuesto a alguna potencia perversa que emergiera de él para llevárselo al otro lado. Advirtiendo su inquietud, la diosa se agachó ante él para ponerle un banquillo bajo los pies.

—Te ofrezco este excelente vino de Pramno, pues tiene cuerpo y es curativo. Te hará bien —le dijo mientras le servía en una copa plana—. Cuando hayas entrado en calor, te pediré que me cuentes quién eres, de qué gente y qué país. Me complazco en conocer bien a mis huéspedes.

Ulises se acercó la copa a los labios y sintió el aroma afrutado del vino, muy apetecible. Lo apuró ante la mirada de Circe, que tuvo la paciencia de mantener su sonrisa hasta que hubo terminado la última gota. En ese instante, cuando él apartó la copa de sus labios, ella tomó una larga vara oscura que guardaba detrás del trono y le tocó con ella en el brazo, diciendo:

—Anda a la pocilga con tus amigos.

Inmune a su conjuro, Ulises se levantó, alargó el brazo hacia los cabellos de la maga y tiró de ellos hacia atrás, poniéndola de rodillas y haciendo que le ofreciera el cuello. Cuando ella vio que desenvainaba la espada, lanzó un grito, que se cortó en seco apenas la helada punta del arma le mordió la garganta. Abriendo los brazos ante él, la hechicera exclamó:

—¡Jamás un mortal había resistido mis brebajes! ¡Si eres el astuto Ulises, hijo de Laertes, devuelve la espada a la vaina y seamos amigos! ¡Hermes predijo tu llegada hace tiempo!

—¿Cómo pretendes que guarde mi arma cuando has hechizado a mis compañeros?

Le estiró del cabello y le pinchó la carne con la espada.



Inmune al conjuro de la hechicera, Ulises se levantó y desenvainó su espada.

—¡Detente! —chilló ella—. ¡No quiero causarte ningún daño! ¡Mi lecho te ha estado esperando! ¡Subamos los dos a él y, unidos en descanso y amor, confiemos el uno en el otro, porque así está escrito!

—Solo podría librarte de mi espada si me prestas sagrado juramento de que nunca, en modo alguno, has de tramar una nueva astucia para perjudicarme.

La diosa formuló enseguida el juramento, sin olvidar ni una sola de las palabras rituales. Dándose por satisfecho, Ulises la apartó de sí. Ella se echó atrás, sollozando y ocultando su rostro. Las manos le temblaban. Pero un instante después se alzó del suelo, mirando a su vencedor con el mentón alzado. Había recuperado su orgullo. Con la vara mágica en la mano, condujo a Ulises fuera de la casa, a las pocilgas, cuyas puertas abrió. Una piara de cerdos de nueve años salió trotando y rodeó al rey. La hechicera fue untándolos uno a uno con un ungüento de modo que cayeron sobre la paja sus hirsutos envoltorios y los itacenses recuperaron la forma humana, aunque a cuatro patas, desnudos y ateridos de frío, llorando todavía. Con un movimiento de su mano, Circe llamó a sus cuatro criadas, hermosas ninfas de ilustre nacimiento, hijas de fuentes, bosques y ríos sagrados, y mandó que trajeran ropas y prepararan el baño para sus invitados.

◇◇◇

Fiel a su palabra, Circe abandonó sus añagazas y a partir de entonces alojó magníficamente a Ulises y a todos los suyos. Las ninfas les prepararon lechos con mullidos almohadones púrpura y pusieron cestas de oro siempre llenas de frutas en sus habitaciones; se ocuparon de que sus copas nunca quedaran

vacías en la mesa y de que jamás faltaran abundantes y ricos manjares. Les dieron baños reparadores de agua caliente, los ungieron con aceites y los vistieron con bellas túnicas y mantos realizados con las telas que confeccionaba la diosa.

—Mucho habéis padecido y estáis sin vigor y abatidos —les decía desde su trono al proponer un brindis—, pero basta ya de tormento. Comed y bebed hasta alzar nuevamente en los pechos el valor que teníais al dejar la patria querida.

Así los animaba a todos y los obsequiaba de tal manera que cada día crecía su contento e iban abandonando el recuerdo de las malas jornadas. Incluso aquellos a los que había hechizado dejaron de guardarle rencor, porque, al volverlos a hacer hombres, los había hecho más jóvenes y hermosos que antes.

Llegaron a pasar en la isla de Circe un año entero. Para Ulises, que compartía el lecho de la maga, el malhadado regreso que un día habían emprendido se había convertido en una vieja evocación. Sin embargo, con el curso de los meses, sus hombres iban recuperando las ganas de volver al mar. Cuando retornó el buen tiempo y los días se hicieron de nuevo más largos, los de Ítaca llamaron aparte a su rey para hablarle.

—Si es cierto, como parece, que los inmortales ya no nos aborrecen y es decreto divino que nos salvemos, ha llegado la hora de que volvamos al país de nuestros padres.

Aquellas palabras despertaron a Ulises del sueño plácido en que había vivido y le conmovieron, aunque durante varios días evitó hablar de ello a la diosa, preocupado por su reacción. Circe no había dejado jamás de cumplir su promesa y por ello él pensaba honrarla eternamente. Ahora bien, en cuanto sus hombres veían que ella lo dejaba solo, acudían a él, lo rodeaban y le quebraban el alma con lamentos sin fin. Así sucedió hasta que

finalmente una noche, abrazado a su amante entre las sedas de la cama, le dijo en susurros:

—El deseo de regresar desespera a mis hombres. Tengo que rogarte, mi buena amiga, que nos dejes partir.

Ella lo apretó en su abrazo.

—No sufras por mí, Ulises. A disgusto no habréis de seguir en mi casa. Pero no creáis que conocéis los designios divinos, porque muy pocos pueden decir tal cosa.

La hechicera reflexionó sabiamente diciendo que no habían hecho nada para aplacar la ira inmortal que habían despertado con sus acciones. ¿Por qué pensaban que les sería permitida ahora la vuelta a casa? ¿Podían estar seguros de que una tempestad no arrasaría su barco apenas dejaran la isla, de que unos vientos funestos no volverían a arrojarlos a las costas de horribles monstruos? Quienes salieran al mar sin el favor de los dioses jamás esquivarían la ruina.

—Tienes razón, pero ¿cómo podemos saber qué tenemos que hacer para complacer a los eternos?

—Yo solo conozco a un hombre que puede alcanzar ese conocimiento. Su nombre es Tiresias, el adivino ciego.

—Muy bien, pues dime dónde vive y acudiré a verle.

Los labios de Circe se alargaron en una sonrisa compasiva.

—Tiresias no vive, Ulises, al menos no en este mundo, es una sombra en el reino de Hades. Sin embargo, guarda allí bien entera su mente, pues solo a él le han permitido conservar sus dones y las facultades de su espíritu, mientras que las demás almas no son sino sombras errantes.

El rostro de Ulises perdió el color, sus ojos se llenaron de lágrimas, y preguntó quién los guiaría, pues ningún mortal había emprendido en vida un viaje a los infiernos.

—No te apures por la marcha de tu barco —dijo la maga con su mirada profunda como la noche—. Yo os conduciré.

◇◇◇

Rotos de miedo y dolor, pero sin ningún poder para evitarlo pues eran deudores de su señor, los de Ítaca echaron su navío al mar con las primeras luces y subieron a bordo. Lo habían reparado en un varadero meses atrás. Circe lo había aprovisionado con copiosas vituallas y también había cargado un carnero y una oveja negra, jarras de miel, vino y harina para los sacrificios que tendrían que hacer. Tal como su rey ordenaba, los marinos enarbolaron el mástil, desplegaron el blanco velamen y, hecho esto, se sentaron en los bancos, cada uno en su sitio. Hablando por lo bajo, Euríloco repetía que aquella era la venganza de la maga, que los hacía ir al inframundo por su propio pie.

La hechicera había ido a despedirse a la orilla, vestida con una larga túnica sin mangas, delicada y graciosa, y un cinto de oro prendido a la cadera. Imponente, les dirigió un mudo saludo con el cual les envió una brisa propicia que henchió la vela. El bajel avanzó con un empuje que crecía por momentos sin que nadie tocara los remos. Apenas salió a mar abierto, los navegantes vieron que se alzaba de las aguas una neblina que formaba un remolino y que penetraban en él marchando a toda vela. Una vez adentro, la superficie del agua se inclinó igual que la tierra derrumbada por efecto de un temblor y el barco cayó hacia el fondo de las aguas, que se abrían para recibirlos como las fauces de una bestia primordial. Así se tragó el mar a los últimos de Ítaca con su rey a la cabeza.

4

Las reses del sol

Ulises salió de la neblina con los ojos bien abiertos, alzado sobre la proa de su bajel. Surcaba las aguas del río Océano, que circunda la Tierra con su vigoroso abrazo en los confines del mundo, donde el sol jamás mira con sus rayos. Sus hombres imploraban encogidos en sus bancos con la cabeza entre los brazos, mientras que él veía ante sí, maravillado y aterrado a la vez, las costas de la tierra de los muertos, una tierra fría y yerma, recorrida por vientos pestíferos, que se perdía en la oscuridad hasta volverse sobre sí misma, como si se diera la vuelta, ocupando lo más profundo, lo más espantoso de las entrañas del universo.

Vararon la nave a la orilla de un bosque de chopos y sauces que dejaban frutos muertos, el bosque de Perséfone, señora del inframundo. Descargaron el ganado y las jarras sacrificiales, y luego el rey se hizo acompañar por Euríloco, a quien quería amonestar por sus constantes maledicencias, y a un

destacado entre los leales llamado Perimedes, pues necesitaba también alguien en quien pudiera confiar. Los tres se internaron en el bosque.

Según había señalado Circe, al otro lado encontraron un valle de tierras incultas en cuyo horizonte se vislumbraban ríos y lagos bajo un cielo negro, borrascoso, y siniestros resplandores rojizos que refulgían como grandes incendios. Se encaminaron hacia la zona aguanosa. Al pie de una peña confluían en choque ensordecedor las aguas de los ríos del infierno que alimentaban la laguna Estigia. Por allí pasaba el camino que conducía a la casa de Hades y era el lugar indicado para llamar a los muertos. Ulises excavó una fosa de un codo de anchura, en torno a la cual libaron y luego vertieron una mezcla de leche y miel, después, vino dulce y, al final, agua pura. Por encima echaron blanca harina y luego oraron largamente a los muertos, prometiendo inmolarles una vaca infecunda cuando volvieran al país de sus padres.

Después de las plegarias y los votos, tomaron las reses y, orientando su cabeza hacia los fulgores lejanos, las degollaron sobre el hoyo. El líquido de la vida fluía, espeso y caliente, sobre la tierra oscura, mientras Ulises ofrecía el sacrificio al adivino Tiresias. Entretanto, las sombras de alrededor se removían y ellos miraban a todos lados con la garganta seca. Entonces, desde más allá de las tinieblas, de entre las rocas, del suelo mismo, empezaron a manar en multitud las almas privadas de vida, jóvenes y viejos, doncellas y niños, héroes heridos por lanzas, guerreros ensangrentados, muertos insepultos que vagaban por aquellas regiones a la espera de cruzar la Estigia, gimiendo juntos en un clamor horroroso. Ulises ordenó quemar las pieles de las reses invocando a los dioses, al intrépido

Hades, a la horrible Perséfone, para que la pira de ofrendas aplacara a los muertos. Él, entretanto, protegía la sangre de la fosa cubriéndola con su espada, como Circe le había dicho, pues solo aquellas almas que bebieran de ella le hablarían como un ser viviente y le contarían cosas verídicas, por lo cual tenía que reservarla para Tiresias.

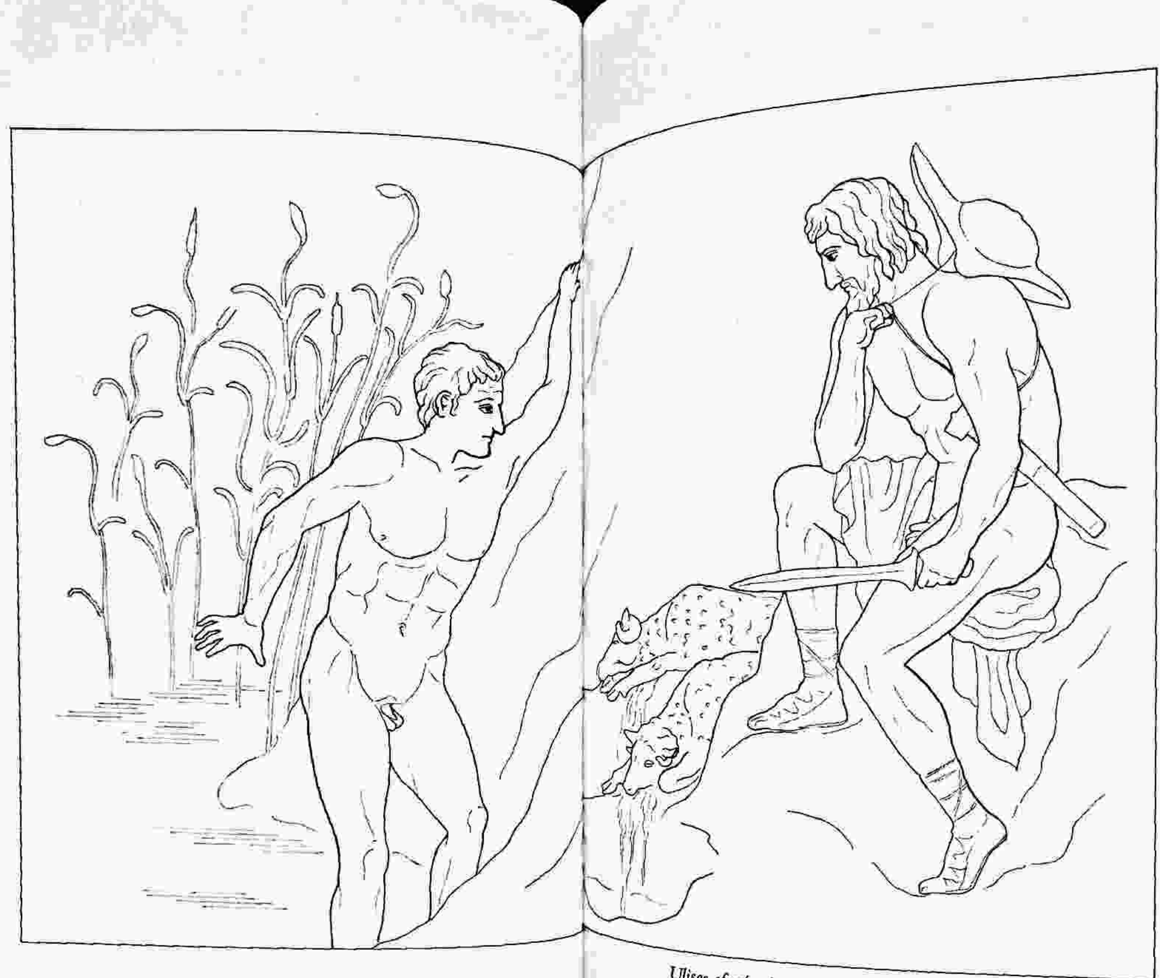
Un dolor agudo penetró en su pecho cuando vio arrastrarse hasta allí el alma de una persona bien conocida por él, la de su madre, Anticlea, a la que había dejado viva en su mansión al salir para Troya. Al encontrarla en aquel lugar espeluznante no pudo retener el llanto en sus ojos. Ella quiso lamer la sangre, pero su hijo se lo impidió desgarrado por la pena, pues ansiaba saber cómo había sobrevenido su fin. Los dos permanecieron en melancólico silencio sin que la madre pareciera reconocerlo, incapaz de alzar su rostro sin brío. Ulises la observaba con amargura y varias veces, empujado por su amor, intentó abrazarla, sin embargo, ella se disipaba entre sus manos como si fuera de humo. Finalmente continuó su camino, de vuelta a la oscuridad de la muerte.

Después se acercó el alma de Tiresias, quien reconoció a Ulises porque conservaba su mente intacta. El rey se apartó del foso para que este bebiera de la sangre. Cuando se hubo saciado, el adivino se levantó para hablar con él, rebosando el espeso líquido por su boca y empapando su cuello.

—¿Cómo ha sido, infeliz Ulises, hijo de Laertes, que has osado abandonar la luz y acudir a este lugar sin contento?

—Busco la vuelta a casa —respondió el rey, lacónico, puesto que sentía la garganta atenazada por charlar con un finado.

—Persigues un dulce regreso, pero un dios te lo hará penoso. Aquel que domina las aguas no olvidará la ira que



Ulises ofrecía el sacrificio al adivino Tiresias cuando empezaron a manar las almas privadas de vida.

encendiste en su pecho al cegar a su hijo, el cíclope. Aun así, tu vuelta no está cerrada, pues no todos los eternos te son adversos. Cuida de frenar el ardor de tus hombres, que son impetuosos. Si no causáis más ofensas, vuestro viaje podría tener un término feliz. Ahora bien, si provocáis otro daño, tu barco y tus amigos se perderán sin remedio, y tú, si escapas, llegarás a tu casa tarde, en nave ajena, y en tu hogar encontrarás desolación. Más pronto que tarde debes aplacar al dios al que ofendiste. Carga un remo sobre tu espalda y emprende el camino hasta que llegues a la tierra de unos hombres que no conocen el mar. Cuando te salga al paso un caminante que te diga que lo que llevas al hombro es un aventador, clava el remo en el suelo y ofrece a Poseidón un carnero, un toro y un jabalí. Solo así acabarás tu vida en la calma de una lozana vejez y tu reino será venturoso.

—¡Oh, Tiresias, sin duda los dioses así han tejido lo que anuncias! —exclamó Ulises al término de la profecía—. ¡No hay modo en que pueda agradecerte tus verdades!

Con un gesto de anuencia, el alma del agorero dio fin a la conversación y se retiró hacia las tinieblas. Euríloco y Perimedes urgieron a su rey a regresar, porque los muertos seguían acercándose. Almas de caídos en Troya fueron manando en tropel, formando una horrible barahúnda que recordaba a las líneas que habían chocado en el llano. Entre aquellas sombras aparecieron el mismísimo Aquiles, el héroe sin mengua, y el noble Agamenón, general de los aqueos, que se arrastraba derramando espeso llanto, con lo cual supo Ulises que su regreso tampoco había sido afortunado. Los vivos sintieron un terror inmenso, pues habían luchado codo con codo o cruzado las espadas con muchos de aquellos muertos. Abandonando

todo lo que habían llevado, se alejaron tan rápido como les permitieron sus piernas.

◇◇◇

El viento retiró la bruma hecha jirones para liberar al último barco de Ítaca en un mar turquesa batido por un sol fulgurante, de nuevo frente a las costas de Eea, la isla de la aurora. Los marineros respiraban aliviados, palpándose la carne para cerciorarse de que habían vuelto realmente al mundo de los vivos. Vociferaban felices, mientras que Ulises, sentado entre ellos, no se sentía tan vivaz. La visión de su madre difunta lo había herido en lo más hondo y las admoniciones de Tiresias lo habían preocupado. Cierto era que el adivino había marcado un camino, pero también que este se encontraba lleno de dificultades que los pondrían a prueba.

No estaba dispuesto a dar más rodeos. Había tomado la decisión de volver por la ruta más directa, para lo cual se había hecho informar con detalle por Circe de los peligros que encontrarían. Sin embargo, como siempre, se guardaba para sí algunas partes. Prometiendo a sus hombres que al día siguiente verían el hogar, hizo poner proa hacia el este en busca de la costa continental, con la idea de seguirla y salir cuanto antes al mar de su amada Ítaca. Luego subió al puente para dar las instrucciones necesarias según lo que saliera al paso.

Impulsados por un soplo feliz, vieron pronto la franja caliginosa del continente, ante la cual se avistaba una isla de verdes colinas. El rey dio orden de maniobrar para evitarla, sin embargo, parecía que las corrientes los empujaban hacia ella. En la distancia se veía plácida, cubierta de prados floridos, pero vista desde más cerca, resultó que sus playas estaban

llenas de huesos y de cuerpos marchitos con la piel agostada. Cuando la orilla no distaba más que el alcance de un grito, el viento que los había llevado hasta allí disminuyó hasta cesar por completo. Alarmado, Ulises corrió entre los bancos ordenando arriar la vela a toda prisa y remar, porque aquella, explicó, era sin duda la isla de las sirenas y quienes acertaban a escuchar sus cantos corrían a una muerte segura.

Los marinos guardaban la vela y empuñaban los remos cuando, percibiendo su presencia, salieron a las rocas las criaturas contrahechas que vivían en aquellos pagos: hermosas doncellas con cabellos bellamente recogidos que, de cuello hacia abajo, tenían forma de pájaro, con alas de largas plumas nacidas de sus espaldas delicadas, que extendieron para desperezarse mientras miraban hacia el barco con ojos penetrantes. Uniendo a coro sus voces, entonaron una melodía de dulzura infinita.

—¡No escuchéis y remad! —bramó Ulises, yendo en busca del gran pan de cera que traía desde Eea.

Los remos batieron el agua espumosa y el barco inició su avance, pero ya el canto de las sirenas lo inundaba por completo. Ayudado por sus leales, Ulises amasó pequeños pedazos de cera con los dedos nervudos, mientras algunos marineros soltaban ya los remos y se levantaban de sus bancos para saltar por la borda. Ellos corrían a atraparlos y, tapando sus orejas con la cera reblandecida, les devolvían la conciencia. Cuando todos los remeros estuvieron a salvo, el rey apartó la cera que le tendía su capitán y le dijo:

—Átame de pies y manos y amárrame al mástil, y cuanto más ahínco ponga yo en que me sueltes, más tendrás que apretarme las cuerdas, porque no quiero irme de aquí sin oír lo que cantan las sirenas.

—¡Mi rey, nadie que haya escuchado estas voces fatales ha vivido para contarlo!

—Pues yo seré el primero. Ahora, obedece, buen Polites.

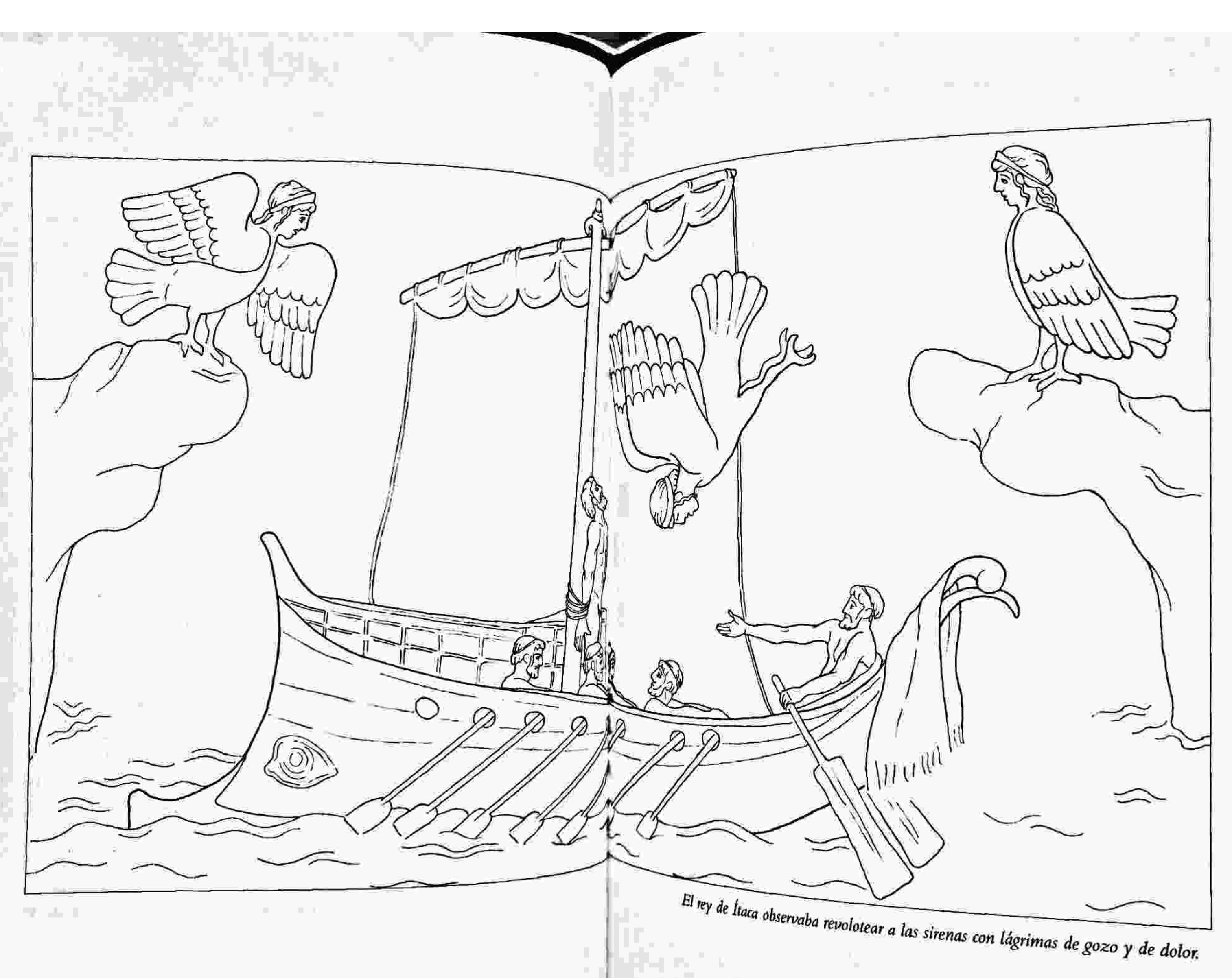
De ese modo, el capitán amarró sólidamente a Ulises al palo y luego se sentó a remar con los demás con los oídos tapados. Cuando las sirenas vieron que la nave se alejaba, alzaron el vuelo con sus poderosas alas para ir a buscarla. Los marinos bogaban con empeño y evitaban mirarlas, pues tenían suficiente viendo el rostro enajenado de su rey, que las observaba revolotear alrededor del barco con lágrimas de gozo y dolor.

¡Ven a nosotras, Ulises glorioso!
¡Detén tu viaje y oye esta voz!
Quien escuche nuestro canto
sabrá cuanto se puede saber,
pues nosotras conocemos
todo lo que en el mundo es.

Así cantaban, haciendo latir con fuerza el corazón de Ulises, ávido de seguir oyendo y de poseer todo el conocimiento del mundo. El rey reclamaba que lo soltasen dando chillidos, pataleaba. Al ver que se aflojaban sus ataduras, Polites y Perimedes le echaron alrededor nuevas cuerdas y las apretaron con más fuerza. La isla iba quedando atrás y las sirenas tuvieron que volver a sus rocas. Sus voces seductoras se perdieron en la distancia, mientras Ulises, exhausto, perdió el sentido.

◦◦◦

Un cubo de agua fresca en la cara lo hizo salir de su letargo. Tendido en la cubierta, sus ojos se abrieron viendo los blancos



El rey de Ítaca observaba revolotear a las sirenas con lágrimas de gozo y de dolor.

velámenes de su bajel, que, vueltos a alzar, se hinchaban por efecto de un viento favorable. Volaban hacia el sureste, dejando el continente a un lado. A babor y a estribor, las tierras del continente y las de la isla de los cíclopes se aproximaban la una a la otra. Murmullos preocupados recorrían los bancos, pues los marinos veían adelante que se dirigían a un estrecho paso entre dos promontorios que distaban apenas un tiro de flecha, bajo un cielo encapotado.

A un lado se alzaba un muro de piedra cuya cima desaparecía en brumas tenebrosas. El peñasco de enfrente era más bajo y las aguas que rompían a sus pies alzaban columnas de vapor en medio del fuerte oleaje. Era el monstruo al que llamaban Caribdis, que se tragaba todo lo que caía en su boca en medio de un remolino. Al oír sus bramidos y notar cómo la marejada zarandeaba su leve navío, los hombres se espantaron y abandonaron los remos. La nave quedó a merced de las olas violentas. Si allá abajo estaba Caribdis, pensó Ulises, al otro lado se encontraba la monstruosa Escila. Sin embargo, nada más que una pared rocosa se veía frente al remolino. Como temía que los suyos quisiesen saltar al agua y ganar la costa a nado si les decía dónde estaban, calló lo que sabía y, muy al contrario, recorrió el barco de extremo a extremo, diciendo:

—Amigos, no somos novatos en correr peligros. Oídme todos, pues sabéis que de nuestros males siempre nos ha sacado mi ingenio: afirmaos los remeros en los bancos y calad en las aguas con vigor. Atento a mis órdenes, el timonel gobernará la nave para evitar primero el remolino y luego los escollos del acantilado que hay delante.

Los navegantes obedecieron aunque no las tenían todas consigo. De vuelta a los remos, fueron penetrando en aquel

tragadero que se estrechaba por momentos, de modo que el barco se estremecía y crujía intentando soportar las sacudidas del oleaje. A pesar de que la maga había dicho que ante Escila solo cabía la retirada, Ulises montó en el castillo de proa vestido con su armadura completa y armado con dos grandes picas. Los remeros lo observaban sin comprender, pues no eran conscientes de la verdadera amenaza a la que se dirigían.

Llegaban ya al borde de Caribdis, cuya ávida garganta tragaba las aguas salobres y luego las escupía silbando como un caldero en el fuego y lanzando espuma blanca a los aires. El lívido horror se adueñó de los marinos al ver que, cuando se retiraban, las aguas se perdían en el abismo con estruendo atronador y se divisaba al fondo una tierra de arenas negras. Miraban hacia allí sin darse cuenta de que el timonel los desviaba demasiado hacia el otro costado, de modo que, queriendo evitar Caribdis, se echaban contra el acantilado. Les partió el alma entonces un espantoso aullido que resonó sobre sus cabezas. Volviéndose hacia allí, vieron aparecer súbitamente a Escila, que descendía desde una oquedad abierta en la pared que apenas se vislumbraba entre las nubes. Su cuerpo estaba metido en la roca, desde donde extendía seis larguísimos cuellos que eran seis serpientes agitándose constantemente, rematadas por horripilantes cabezas con tres espesas filas de dientes. Las fauces cayeron sobre ellos en un suspiro, atrapando a un marinero cada una. Los dientes desgarraron a las víctimas y agitaron sus brazos y piernas formando un torbellino de miembros convulsos y sangre encima del barco. Escila se los llevó a la boca de su antro, mientras ellos pronunciaban por última vez el nombre de su rey y daban gritos de angustia alargando los brazos en su horrible agonía. Ulises ordenó bogar con más fuerza, aunque no era necesario,

porque sus hombres batían ya el mar desesperadamente, no por obediencia sino para salvar la vida.

◇◇◇

Al otro lado del estrecho, los marineros se derrumbaron exhaustos, perdido el ánimo para seguir remando. Así se dejaron llevar por el viento hacia el sur durante un buen rato sin poder apartar de su mente la visión de sus compañeros destrozados entre los dientes del monstruo. La nave se hundía en un silencio pesado mientras navegaba a la deriva. Las sombras se extendían, el cielo se apagaba. Bajo aquella luz melancólica no pocos miraban al rey con recelo preguntándose por qué se había armado tan fuertemente para pasar junto a la pared de roca, como si supiera lo que se escondía allí.

Tal era el sentir en la estrechez del pequeño bajel cuando, más tarde, se distinguió una isla no muy lejos que el sol aún iluminaba con toda su fuerza, encendiéndola como una tea que saliera del mar. Al verla, Ulises recordó la postrera indicación de Circe: la última isla que hallarían antes de cruzar el mar Jónico tenía por nombre Trinacia y era el lugar donde las hijas de Helios, ninfas de hermosos cabellos, guardaban y llevaban a pastar los rebaños de bueyes, vacas y ovejas de su padre. Polites fue a hablar con él en nombre de los marineros. Los hombres estaban muy abatidos, dijo, y no querían navegar durante la noche, sino que preferían desembarcar en aquella isla para emprender el último tramo del viaje al día siguiente con mejor espíritu. Al rey le preocupaba la advertencia de Tiresias: que no volvieran a ofender a los dioses.

—Esa isla pertenece al poderoso Helios y en ella nos aguarda una suerte que sería mejor no tentar.

Sus palabras despertaron un rumor agitado. Euríloco se alzó, iracundo:

—Eres despiadado, Ulises, y tus miembros deben de ser de acero, pues no conoces la fatiga. Estamos agotados y tristes, y tú quieres exponernos a la negra soledad del mar. Deja que pongamos pie a tierra, que descansemos y lloremos a los nuestros en esa ribera acogedora.

Ante la cólera de sus hombres, el rey vio que no tenía más opción que ceder. No los culpaba, sino que temía que los dioses que le eran hostiles estuvieran tramando algo contra él.

—Sea como decís, pero debéis prometerme que os quedaréis cerca de la nave y no violaréis las posesiones del dios.

Los cansados marinos accedieron a prestar un juramento solemne. Invirtieron sus últimas fuerzas en llegar a la isla y desembarcaron en un arenal en el que una corriente bajaba a verterse en el mar. Se prepararon para cenar y pasar la noche en la orilla. Mientras satisfacían el hambre y la sed, iban recobrando el habla y recordaban a los amigos perdidos, pero se sentían tan cansados que el sueño los fue arrebatando uno por uno entre lamentos y el ronroneo de las olas.

Se despertaron helados y húmedos en medio de un alba oscura por culpa del viento que azotaba la isla con fiereza. Un trueno resquebrajó el cielo, dando orden de inicio a unas lluvias torrenciales. El mar estaba tan movido que tuvieron que apresurarse a poner a salvo su nave entrándola en una caverna marina, donde se refugiaron y montaron campamento. La borrasca se prolongó durante todo el día.

La jornada siguiente amaneció sin agua. Sin embargo, un poderoso viento del sur agitaba las olas y penetraba en la ca-

beza de los hombres, volviéndolos irascibles. Un día después, vino en contra un viento demasiado intenso, imposible de combatir con la fuerza de los brazos. Tormentas y vendavales se alternaron jornada tras jornada. En tanto hubo pan y duró el vino, los hombres aplacaron su ansiedad, pero poco a poco se fueron agotando las provisiones. Entonces acudieron a la pesca y la caza de aves en los bosques cercanos. Ahora bien, el malévolo tiempo no les daba respiro y no era raro que tuvieran que volver corriendo y de vacío, acosados por ventoleras o aguaceros. El hambre se dejaba sentir y los hombres se reunían por la noche junto al fuego, contándose por lo bajo que habían oído mugidos de bueyes y vacas y balidos de ovejas que venían de tierra adentro.

Llevaban varados ya varias semanas. Ulises veía que allí solo les aguardaba la ruina, pero ¿qué podía hacer? Fingiendo que salía a cazar, se alejó de la orilla y remontó el riachuelo. Después de un rato, cuando se vio en soledad, se lavó las manos en el agua y buscó un lugar bosque adentro que estuviera abrigado del viento. Allí elevó una primera plegaria a Zeus para pedir que le señalara la vía del regreso. Luego oró y oró a todos los dioses que podía haber ofendido, alzando las manos al cielo, hasta que empezó a sentir que sus párpados pesaban y que no era capaz de mantener la cabeza recta. Tremendamente fatigado, se recostó entre los helechos.

◇◇◇

Lo despertó el sabroso aroma de la grasa de carne de buey que goteaba girando en el espetón y que, al contacto con las brasas, se evaporaba y volvía el aire suculento y llenaba la boca de saliva. Sin embargo, nada de eso sintió Ulises, sino

una angustia que se clavó en su pecho como una lanza, arrebatándole el aire para respirar.

—¡Padre Zeus, dioses inmortales todos! ¿Por qué me habéis hecho esto? —clamó amargamente al cielo.

Saltó torrente abajo entre las piedras, resbalando peligrosamente sobre el musgo. Al salir a la playa, su dolor se redobló cuando vio que los suyos preparaban un festín con reses bien grandes y hermosas ensartadas en asadores. Las habían destripado y ofrecido las entrañas y los muslos envueltos en grasa a los inmortales, pero, como no tenían vino para la libación porque se había agotado hacía ya muchos días, se habían limitado a rociarlas con agua. Ulises corrió hacia ellos.

—¡Qué acción temeraria habéis cometido en mi ausencia!

—Mi rey —dijo Euríloco, saliendo a su encuentro—, de todas las muertes terribles, morir de hambre es la más espantosa. Una vez lleguemos a Ítaca, levantaremos un magnífico templo para honrar al conductor del sol, y lo llenaremos de preciosas ofrendas. Así lo hemos acordado entre nosotros.

—¡Majaderos, habéis labrado nuestra desgracia! —rugió Ulises.

Sus hombres no se cuidaron lo más mínimo de esta admonición, sino que se lanzaron con avidez a dar cuenta del asado. Sin embargo, apenas clavaron sus dientes en él, las piezas que sujetaban en las manos o ya tenían en la boca y todas las que quedaba en los asadores se pusieron a mugir como mugen los recios bueyes, y sus pieles desolladas se pusieron en pie y arrancaron a trotar hacia ellos como si estuviesen vivas.

Aterrados, lo dejaron todo atrás y volvieron aprisa a la caverna donde guardaban la nave. El cielo seguía encapotado, pero los vientos no eran malos. Echaron la nave al agua y embarcaron, impulsados por el espanto. Luego remaron con todo el vigor que les permitían sus precarias fuerzas para salir a mar abierto y poner proa hacia el este. Nadie cruzaba palabra alguna. Estaban avergonzados y sin aliento, pensando que su única posibilidad, tal vez, era llegar a casa y aplacar al dios ofendido antes de que la noticia de su desmán llegara a oídos del gran padre Zeus. Aunque, probablemente, ya era demasiado tarde, creía Ulises. Densos nubarrones de un negro azulado se extendían sobre sus cabezas y las aguas se volvían más oscuras. El rey se retiró a la popa y, agachándose, se encogió debajo de la borda porque se daba cuenta de que el amontonador de nubes cargaba ya contra ellos.

Cuando se desató el huracán, se rompieron las jarcias y el mástil se desplomó arrastrando consigo todo el aparejo. En su caída sobre la cubierta, aplastó la cabeza del timonel. El barco cabeceó y giró, a punto de volcar, lanzando a uno y otro lado todo lo que había a bordo, que, en un instante, se tragaban las olas. Luego un sarmiento blanco y centelleante se dibujó en el cielo, acompañado de un trueno estrepitoso, y descendió velozmente hasta dar de lleno en la nave. Tembló todo el armazón, la madera saltó por los aires, los hombres salieron despedidos. El oleaje los arrastró en todas direcciones y se los fue llevando al abismo. Solo Ulises permanecía a flote, aferrado a una cuerda que colgaba del mástil. Rescatando penosamente unos maderos de la quilla que pasaron cerca, ató todas las piezas y se encaramó encima, dejándose llevar por el viento, abandonado a la gracia de los dioses.

5

LA ISLA DE LA JUVENTUD ETERNA

Ardía un fuego vivo y el aroma de las astillas de madera de cedro se esparcía por toda la gruta. Ulises se descubrió tendido en un cómodo diván, debajo de un techo de roca por el cual se extendía una parra de espeso follaje cuajada de racimos maduros. A la entrada de aquella gruta le daba sombra un frondoso bosque de alisos, chopos y cipreses, en cuyas ramas anidaban cientos de aves de alas veloces y alegres. Más allá, un sol intenso batía ondeantes prados en los que crecían violetas, apio y otras muchas hierbas y flores, humedecidas por manantiales que centelleaban bajo la luz cegadora. Podía verse el mar a lo lejos, confundiéndose con el horizonte. El rey quedó admirado de tanta belleza y solo entonces cayó en la cuenta de la voz dulce que canturreaba en otra estancia.

Con todos los huesos doloridos, se incorporó y arrastró los pies hasta la abertura en la piedra que llevaba a una alcoba sencilla aunque vestida con plantas y flores de todos

los colores. Tarareaba de espaldas a él una mujer esbelta, de rizos anaranjados que caían hasta el suelo, mientras bordaba un primoroso tejido sirviéndose de una canilla de oro. No se atrevió a moverse, pero ella advirtió su presencia y, dejando su labor, se volvió hacia él. El cansado Ulises se encontró ante un rostro de hermosura tan radiante, con ojos azules tan enormes y llenos de luz, que sintió que todo su cuerpo entraba en calor y que ya nunca volvería la noche porque el mismísimo astro rey moraba en aquella habitación.

◇◇◇

Al cabo de unos días, sentado en un alto acantilado, fijos los ojos en la inmensidad azulina, Ulises padecía en silencio. Abajo, en la playa, iban y venían las aguas claras trayendo conchas y algas de alta mar, que dejaban junto al pobre arreglo de maderos con el que había recalado en aquellas costas tras largos días de sufrimiento a la deriva. Sentía a su espalda la mirada de la ninfa cuyo nombre, había dicho, era Calipso. Lo había dejado marchar de su gruta sin oponerse y vagar por la isla para explorarla hasta llegar al convencimiento de que estaban completamente solos y de que no había medio alguno de salir de allí. Tampoco tenía él pensado intentarlo, pues, tras haber perdido la cuenta de los días y casi la cordura flotando por el mar desolado, había llegado a temerlo como a una bestia salvaje.

En aquella remota isla, que se llamaba Ogigia, no había una sola nube en el cielo y un cálido viento nocturno dulcificaba el sueño. De día, a pesar del sol perenne, las buenas brisas que recorrían sus bosques refrescaban el cuerpo y el ánimo con su olor silvestre. Pero a pesar de aquella calma, Ulises desconfiaba.

Calipso lo vigilaba y a la vez le dejaba libre el acceso a su casa. Él también la espiaba a ella y veía que todos los días le ponía un plato a la mesa y aguardaba a que saliera de la espesura para sentarse con ella. Necesitó largo tiempo para atreverse a hacerlo. Había dormido al raso durante semanas, alimentándose con lo que podía encontrar, hasta que llegó el día en que, atraído por los gratos aromas que salían de la gruta, se acercó hasta la entrada. La ninfa lo esperaba junto a la mesa con gesto cordial.

—Podría haberte envenenado o convertido en alimaña o haberte comido entero cuando te encontré en la playa, y, sin embargo, te traje a mi casa, te lavé y sané tus heridas —le dijo, sirviéndole una copa de vino de brillante color cereza.

Ulises se sentó a su lado, devorando con la mirada la fragante preparación que había en su plato. Como ella vio que no se atrevía a probarla, tomó un pedazo, bebió un trago de su copa, partió el pan y lo probó también, pero tampoco así consiguió que su invitado se convenciera de que no le guardaba ningún mal. Dejó de insistir y se ocupó de su comida. El estómago de Ulises protestaba viendo el deleite con que ella paladeaba aquel manjar, hasta que no pudo resistir más y comenzó a comer. Hacía mucho que no probaba una receta tan melosa, preparada con tanto esmero. Cuando bebió de aquel líquido dulce y punzante a la vez, con un sabor delicado pero infinitamente profundo, sintió que volvía el ánimo a su pecho, que sus miembros recuperaban su vigor, que su mente despertaba de un sueño vicioso. Jamás había degustado algo semejante, una bebida que se diría propia de dioses.

Después de comer, se reclinaron a gustar de las ricas uvas que crecían en la misma gruta. Ulises se dejó mecer por el

canto de los pájaros y deslizar su conciencia a través de un agradable sopor. Dormitó apaciblemente junto al fuego, a la vista de los prados beatíficos. Entre sueño y sueño vio que Calipso lo cubría con su exquisito manto y que alimentaba las brasas para que no cogiera frío. Volvió a despertarlo más tarde el cantar melodioso de aquella diosa inmortal que, sentada al otro lado de la lumbre, recogía con hábiles dedos sus largos cabellos en trenzas que flameaban por efecto de un reflejo de sol, entregada a la tarea con cándido placer. Por primera vez en muchos años, desde que partiera de casa, sintió el corazón sereno y, con un largo suspiro, fue capaz de expulsar su amargura.

—¿Por qué cruzaste la salada llanura de las aguas para morar en medio de esta soledad? —preguntó a la ninfa, observándola desde su diván.

—Vine aquí por mandato de Zeus, que no de mi agrado —respondió Calipso.

Antes del tiempo de los hombres, en otra edad del mundo, su padre, Atlas, había sido el caudillo de los titanes que defendieron a Crono contra el pretendiente al trono celestial, su hijo Zeus. Los olímpicos ganaron la guerra y encerraron a los titanes en el Tártaro, pero su padre recibió un castigo ejemplar: Zeus lo condenó a sujetar sobre sus anchas espaldas la bóveda celeste, que se había desplomado durante la guerra por la violencia de los combates. Aunque ella no había optado por ningún bando, la habían enviado a Ogigia por ser hija de Atlas.

—Y aquí estamos presos ambos ahora —dijo al final de su relato. Y apenas hubo pronunciado esas palabras, comprendió que se había equivocado, porque el semblante de su

huésped se volvió blanco y luego, aunque intentó no parecer descortés, se volvió en cuanto tuvo ocasión hacia el otro lado, recogiéndose bajo el manto como un niño.

∞

Muchas noches pasó Ulises durmiendo solo en el diván. Calipso escuchaba sus lamentos desde su alcoba. Cuando estaban juntos se fingía animado y hablaba de las tierras y pueblos que había conocido, mientras daban largos paseos por el bosque o se refrescaban en los arroyuelos que regaban sus prados y sus viñedos. Pero en cuanto ella se ocupaba en otra cosa, escapaba para sentarse en la orilla, donde pasaba horas mirando al mar con el corazón encogido.

Con el tiempo, fue perdiendo el miedo al agua salobre y encontró satisfacción en darse baños de mar, aunque siempre tan cerca de la playa que pudiera salir por su propio pie. Calipso lo acompañó un día, y, como vio que aceptaba su presencia en el paisaje de sus penas, tendió un mantel sobre la arena y le sirvió allí la comida. A partir de entonces tomaron la costumbre, y lo hacían de vez en cuando. Observando cómo emergía del agua su cuerpo tostado por el sol, que él desnudaba ya sin reparo, la ninfa sentía el deseo de su fuerte abrazo.

En cierta ocasión, después de haber saciado el placer de la comida, él se preparó para bañarse y entonces advirtió que ella se desvestía ante sus ojos mortales, mostrándole sus carnes sonrosadas, sin mácula, sus curvas bien formadas, palpitantes, divinas. Entraron en el agua y el largo cabello de la ninfa flotó, extendiéndose a su espalda como el manto de la reina celeste. Se zambulleron, nadaron, se de-

jaron flotar en el agua observando el cielo. Luego, cuando se acercaron el uno al otro para hablarse, él se fijó en las gotas que perlaban el precioso rostro de Calipso. Ella le devolvía una mirada penetrante, con sus grandes ojos del mismo azul claro que aquellas aguas. Avanzando la mano, Ulises tocó una de las gotas, que se deshizo en su yema, de modo que se encontró acariciando la piel de la diosa. Nada más que bondad había recibido de ella, que nada le debía y que solo le pedía compañía, una criatura solitaria y abandonada como él por el desdén de los eternos. La ninfa le acarició el cabello de la nuca, rojizo como el suyo, que sintió áspero pero agradable. Empujándolo, lo atrajo hacia sus labios. Se abrazaron sus cuerpos calientes y resbaladizos bajo el agua, sus manos se recorrieron, sintiéndose, perdiéndose el uno en el otro.

Durante largos años la bella ninfa Calipso compartió su hogar con el mortal rey de Ítaca, yaciendo abierta y lealmente con él como esposo. Vivían de modo simple y en venturosa calma, satisfechos por los dones de la isla, de modo que un día ella llegó a pensar que su náufrago había curado las heridas de su alma. Ahora bien, a pesar de la vida apacible que se esforzaba en procurarle, aquel hombre que había sido rey de bravos guerreros, vencedor de ciudades, dominador de voluntades con su lengua sagaz, se marchitaba poco a poco. Por la noche se daban calor en los brazos del otro, pero solo ella lo llamaba amor. Al llegar el día, él se encaminaba taciturno hasta la playa, hasta los abruptos acantilados, hasta las rocas donde rompía la furia de las olas, y permanecía sentado allí quemándose al sol, mirando las aguas hasta echar a llorar.



Durante largos años, la bella ninfa Calipso compartió su hogar con Ulises.

Sus lamentos eran tan amargos, su dolor tan absoluto, que en cierta ocasión en que la diosa Atenea, tan sabia como firme, imbatible en el combate, había descendido de las cumbres celestiales del Olimpo y caminaba sobre la Tierra, se sintió alcanzada por su desolación y se estremeció su corazón inmortal. Acercándose a Ogigia sin ser vista, estuvo observando a aquel hombre que no había tenido igual por su ingenio, convertido ahora en una penosa sombra de quien había sido. Se encontraba ya muy cerca de su casa, pero él no lo sabía, pues Calipso se lo ocultaba para no perderlo. Desde allí mismo, la diosa dio un poderoso salto hacia las nubes, dibujando una línea oblicua en el azul con la punta de bronce de su robusta lanza, erguida adelante para cortar el viento, y atravesó los cielos en un vuelo veloz, mientras tronaba el aire en sus oídos y se agitaban su túnica y los preciosos rizos que escapaban al resguardo de su yelmo.

Habiendo llegado a las casas de Zeus, Atenea dejó sus armas a la entrada del gran salón en manos de los sirvientes y penetró en la estancia de elevadas columnas, más allá de las cuales brillaban las estrellas sobre el negro cosmos en movimiento, hasta llegar a los pies del trono celestial, más elevado que los demás. Allí la aguardaba el padre de los dioses y los hombres, presidiendo la reunión de los olímpicos, que ocupaban sus asientos alrededor. Hera, Apolo, Afrodita, Ares, Hefesto y todos los demás, hasta once se contaban en aquel momento en el consejo, pues faltaba uno, Poseidón, que se había ausentado para asistir a la grandiosa hecatombe de toros y cabras que celebraban en su honor los etíopes en sus apartadas tierras.

Removiendo los jirones de nubes que recubrían el suelo de esplendente mármol, Atenea hizo ver a los presentes la imagen de la pena de Ulises a la orilla del mar, perdidos todos sus amigos, arrastrado por las olas y el viento a aquellas playas de las que no era capaz de escapar. La tristeza de sus llantos y su rostro descompuesto despertaban la compasión en el espíritu más severo. La diosa alzó su mirada cabal hacia su padre.

—Soberano entre los reyes y los hombres, aunque fueron obra mía los vendavales que extraviaron el regreso de los griegos, el corazón se me parte pensando cómo pena y llora Ulises, que no fue el más blasfemo de todos ellos, mientras que quienes salieron indemnes de la travesía han llegado ya a sus patrias.

Resonó en el alto salón la voz del señor de los cielos:

—Es de ver cómo culpan los hombres sin tregua a los dioses de todos sus males, aunque son ellos mismos los que traen sus penas por sus propias locuras.

—Bien es cierto que Ulises yace abatido por una justa ruina, pero también lo es que ha padecido ya un exceso de quebrantos. En sus tierras, muchos galanes abusan de la hospitalidad de su casa, matando sin duelo sus ovejas y sus bueyes, dilapidando su hacienda, e incluso planean matar a su hijo. Mientras tanto, él está a la puerta de su hogar y no lo sabe. ¿No conmueven tu pecho tales cosas?

—Es Poseidón, el que agita la tierra y los mares, quien sigue enconado con él por mor de su hijo Polifemo.

—Bien lo sé y por eso acudo a vosotros en este momento —confesó la diosa, volviéndose para hablar a todo el consejo—. He venido a pediros que acordemos nosotros la vuelta de Ulises a su casa. Poseidón cederá en su rencor, pues nada podrá contra todos.

Apiadados de la triste suerte del héroe rico en ingenios, los allí reunidos estuvieron de acuerdo con aquellas palabras a pesar de sus diferencias en muchos asuntos. Así, de aquella reunión salió un firme decreto: Ulises regresaría a Ítaca.

◇◇◇

Sobre una tela de preciosa factura, la ninfa de hermosos cabellos bordaba dos aves en danza amorosa, cuando sintió una presencia intensa a la entrada de la gruta. Al salir para ver quién era, se halló ante un joven imberbe, calzado con sandalias aladas y portando un bastón de oro, a quien reconoció enseguida, porque nunca los seres eternos se sienten extraños entre sí, por muy alejados que vivan.

—Te esperaba hace tiempo, Hermes, el del áureo bastón —dijo desde el otro lado del hogar, donde el cedro aromaba la estancia.

—Entonces sabes ya a qué he venido.

El dios quiso acercarse a ella, pero la ninfa rodeó el fuego para mantenerlo a distancia.

—No hay ser que os iguale en envidia a los dioses del cielo. No sufrís que a las diosas nos plazca un mortal por esposo. Así me envidiáis el amor de este hombre que las olas y el viento arrastraron a mis playas.

—A este hombre manda Zeus que lo dejes partir sin demora, porque no es su destino morir aquí, privado del calor de los suyos —dijo Hermes, siguiéndola, mientras ella continuaba alejándose—. Deja que se marche y evita que caigan más iras sobre ti.

Calipso detuvo sus pasos, estremecida al oír la orden que tanto había temido. No había mandato de Zeus que pudiera

quebrantar dios alguno ni dejarlo incumplido. Una lágrima callada resbaló por su mejilla. Hermes vio la copa de oro de la ninfa, que tenía sus labios marcados en el borde, y, cogiéndola de la mesa, echó un trago por donde ella bebía. Luego se dio la vuelta y se fue tan sigiloso como había venido.

◇◇◇

Sentado en un rompiente, la brisa del mar envolvía a Ulises trayéndole olores en los que imaginaba el hogar y se le iba la vida en gemidos. Una sombra se cernió sobre su espalda y al volverse vio los cabellos flamígeros de su amante, agitados por el viento. Calipso le extendió la mano desde la umbría para ayudarlo a levantarse.

Lo llevó a través de los bosques hasta el confín más resguardado de la isla, un lugar que no le había mostrado jamás. Allí se alzaba una arboleda de abetos gigantes cuya madera ya enjuta se veía propicia a flotar en las aguas. Sobre una piedra plana había doblado un manto resistente, igual que las velas de un barco, y encima reposaba una gran hacha de bronce adaptada a las manos mortales, con dos caras de corte agudo. Solo entonces Calipso rompió el silencio, hablando con voz atormentada.

—Infeliz, no te consumas más. Ensambla una balsa espaciosa y yo te enviaré una brisa ligera para que llegues sin daño a tu patria.

Ulises no pareció contento ni se atrevió siquiera a echar mano al hacha o revisar las velas.

—Me mandas en una pobre armadía a cruzar el mar en el que no logré salvar ninguno de mis bajeles. No embarcaré sin tu promesa fiel, propia de los grandes dioses, de que no tramas mi desgracia.

Ella sonrió tiernamente y lo tomó de la mano con cariño. Poniendo como testigos a la Tierra y el Cielo y la Estigia, con todas las aguas que vierte, juró que quería para él lo mismo que habría de querer para sí de encontrarse en su misma aflicción.

—Marcha en buena hora —le dijo—, aunque déjame decirte que si quisieras quedarte a mi lado, guardando mi casa, podrías ser inmortal. Tal regalo está en mi mano hacerte, si tú lo aceptaras con sinceridad. ¿De verdad tu único anhelo es volver a los brazos de tu mujer, aunque nunca las mortales podrán igualarse en belleza ni en talla a las diosas?

Ulises quedó en silencio, turbado por aquel ofrecimiento. Jamás hubiera imaginado que algún día la vida eterna estaría a su alcance. Resultaba inconcebible: no morir nunca, morar para siempre en aquella isla benigna, yaciendo con una diosa. ¿Acabaría tal destino con su angustia? Telémaco, el bebé que reía entre sus brazos; Penélope, de dulce y paciente rostro, un cuerpo tan habitual como el propio, la voz en su cabeza, guiándolo, recordándole quién era. Revivirlos en su mente lo llenaba de una energía irreprimible en virtud de la cual sentía el poder de conquistar cualquier triunfo, de realizar cualquier gesta, que lo hacía sentir sobrehumano, sobradamente inmortal.

—Sé lo debajo de ti que queda mi discreta esposa, porque tú ni envejeces ni mueres. Aun así, el ansia de todos mis días es llegar a mi casa y gozar otra vez de la luz de sus ojos.

Así dijo Ulises mientras el sol descendía en el horizonte, inflamando las nubes a su alrededor. Las lágrimas se habían secado en su rostro, que de nuevo resplandecía como los campos después de la tormenta. Calipso acarició sus mejillas con dulzura infinita y luego lo dejó allí, cortando leños,

y regresó a su morada, donde se encerró durante los días en que duraron los trabajos de su amado, pues, por temor a debilitar su decisión, debía ocultarle que era ella la que sollozaba ahora en soledad, después de haber conocido su amor.

◦◦◦

Se mostraba la aurora temprana cuando el viento hinchó la vela de Ulises. Impulsado por la brisa de popa, templada y suave, que le enviaba Calipso, el rey empuñó el timón guiando diestramente su humilde barcaza a través de las olas. La ninfa había hecho acopio de manjares sabrosos para el viaje, pero Ulises no se atrevía a comer ni a beber porque no quería dejarse abatir por el sueño. Soportaba el cansancio y el hambre para no desviarse del rumbo indicado: «Navega hacia el sur y pronto verás montañas amigas. Más allá está tu hogar». Y así fue que, a las pocas horas de haber salido, el navegante vislumbró las colinas de una isla imponente, y, al acercarse, reconoció que era Esqueria, la tierra de los feacios. Dejándola a babor, mantuvo el rumbo hacia Ítaca, que no quedaba lejos.

Regresando del festín de los etíopes sobre su carro de hermosos caballos, Poseidón se había detenido en lo alto de los montes Sólimos, en las tierras de los pueblos licios, desde donde escrutaba el horizonte mientras descansaban sus animales. De ese modo descubrió que el más odiado de los griegos, el rey de Ítaca, navegaba libremente por el mar y no tardaría en llegar a su casa. La furia agrió sus entrañas al caer en la cuenta de que los suyos se habían vuelto contra él en su ausencia.

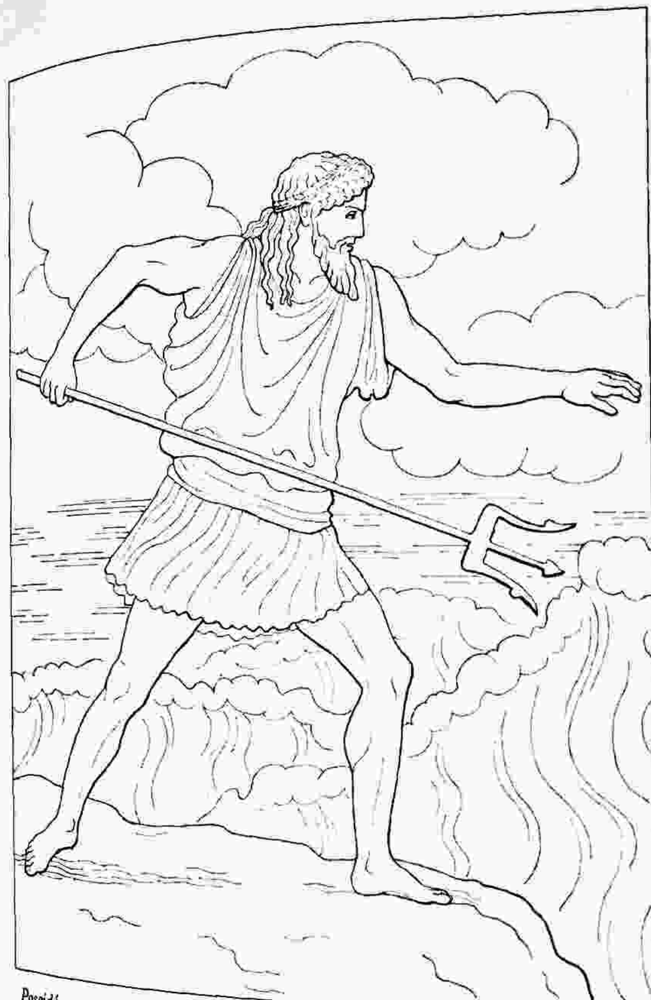
El señor del mar agitó su tridente para convocar a los vientos a que se enfrentasen en lucha brutal sobre las aguas que

surcaba Ulises. En un instante vio el pobre mortal que cielo y tierra se sumían en tinieblas y un huracán arremetía contra la balsa con tales sacudidas que pensó que el alma se le escapaba por el pecho. Una gran ola cerrada, agobiante, se abatió sobre él, cubriéndolo por completo, y quebró la barcaza en mil pedazos, escupiendo el mástil y las vergas sobre las olas desatadas. Ulises se hundió sin remedio, tragando agua salobre, porque sus ropas le impedían nadar. Se lo llevaba el abismo y ya boqueaba, el mar buscando el camino a sus pulmones. Sin aire, exhausto de fatiga y de miseria, estaba pronto a perder el sentido. Sin embargo, antes de apagarse, sus ojos escocidos por la sal distinguieron una figura que emergía de la penumbra submarina y braceaba hacia él. Se sintió arrastrado por el agua, despojado de sus ropas, y, de nuevo a flote, vomitó el agua que había tragado. Con un beso vivificante, aquel ser volvió a llenarlo de aire. Lo último que vio fue su mirada compasiva.

◇◇◇

En un rico aposento dormía la hija doncella del rey Alcínoo, que en talle, gracia y belleza igualaba a las diosas, cuando una brisa ligera llegó hasta ella y le revolvió los cabellos. «¡Descuidada Nausícaa!», le susurró en sueños, «¡qué poco te has preocupado de tus lindos vestidos, que siguen sin lavar en el armario! ¿Qué pasará cuando llegue la hora del banquete, con todos los mozos nobles que suspiran por ti, y necesites algo distinguido que vestir?». Con esas palabras todavía resonando en sus oídos, la muchacha abrió los ojos y vio la luz del día. Sentía sus miembros llenos de vigor. Se incorporó al instante.

Un carro entoldado, tirado por un par de mulos, cruzó las grandes murallas de la ciudad por la puerta principal y



Poseidón convocó a los vientos a que se enfrentasen en lucha brutal sobre las aguas.

traqueteó camino abajo hacia el río de aguas puras que corría hasta la costa. Excelente auriga, la misma princesa empuñaba las riendas y el látigo y guiaba a los animales hasta llegar al lavadero. Allí se ocuparon sus doncellas en lavar sus mejores vestidos, pues había prometido prestarles para el banquete de la noche aquellos que ella no escogiera. Tendieron las prendas más abajo, en la playa, donde había cambiado la marea y se veían los guijarros pelados del lecho marino. Mientras esperaban a que el sol las secara, se bañaron en el mar, comieron sabrosas viandas y luego jugaron a pelota sobre la hierba que nacía al pie de las dunas.

Correteando aquí y allá, las frescas muchachas reían como ninfas agrestes nacidas de un gran dios, aunque entre ellas descollaba la cándida Nausícaa por su porte y nobleza, y tanto más por su alegría. Al lanzarle la pelota una de las doncellas, sucedió que esta salió muy desviada y fue a parar a la sombra de la arboleda, adonde la princesa fue corriendo a recuperarla. Cuando llegó allí realizó un hallazgo del todo inesperado: un hombre yacía tendido sobre la hojarasca, con el cuerpo desnudo y cubierto por el limo del mar. Viendo que la joven se había quedado inmóvil, las demás fueron a su encuentro y, al descubrir al náufrago, sintieron temor y mantuvieron la distancia. Solo la hija de Alcínoo se atrevió a acercarse y comprobar si el forastero seguía vivo. Dándose cuenta de que así era, ordenó que trajeran el carro para llevarlo a palacio, como si aquella brisa de madrugada que la había despertado también le hubiera infundido coraje, el de los grandes héroes que surcaban los mares en busca de aventuras.

6

LLEGADA A ÍTACA

El palacio del rey Alcínoo se elevaba sobre la capital brillando al sol con sus muros de bronce macizo y sus puertas de oro, guardadas por perros de plata. Los feacios eran gente del mar y no se preocupaban de arcos y flechas, sino de remos y navíos, pero también eran maestros de la buena mesa, la música y la danza, y el rey gustaba de organizar alegres banquetes en sus altas estancias.

Aquella noche el convite se celebraba en el jardín, que estaba plantado con jugosos frutales que jamás se extinguían gracias al soplo continuo del viento de poniente. Reunida allí, la flor del pueblo feacio se reclinaba en hileras de sillones cubiertos con finos tapices, iluminados por figuras de oro que sostenían antorchas ardientes. No pocos jóvenes nobles de la isla habían acudido para admirar a la princesa. Convidado por ella, que le había hecho lavar y vestir, el náufrago de la playa paseaba contemplando las muchas

delicadezas que agradaban a aquel pueblo, y luego, puesto que era un extranjero, fue a sentarse al lado del fuego, cerca de las cenizas. Sorprendida por su proceder, la reina Arete, a quien su esposo y toda su gente estimaban por su juicio y prudencia, le dijo:

—Forastero, no es honroso que hayas de sentarte en la ceniza. Ven aquí y ocupa un sillón a nuestro lado.

Ulises tomó asiento junto al trono y la reina ordenó que los heraldos mezclasen más vino para que todos pudieran libar en honor de Zeus, protector de la hospitalidad. Así se vio el náufrago recibido entre los feacios más principales, y, viendo que eran tan magnánimos, les extendió un sencillo ruego:

—Ilustres soberanos de estas hermosas tierras, mi única necesidad es hallar un medio para regresar a mi patria, pues hace largo tiempo que me arrastro lejos de los míos.

Al tener más cerca a aquel extraño que accidentalmente habían encontrado, Alcínoo admiró lo portentoso de su talla y la nobleza de su porte. Tenía espaldas muy anchas y miembros vigorosos a pesar de haber madurado en edad y parecer agotado. Así acreció el deseo en su ánimo de conocer su linaje, pero no quería ofenderlo interrogándolo como un cualquiera.

—En esta casa hallarás albergue y medios seguros para marchar a tu patria. No sufras por ello —le respondió—. Pero si fueses un inmortal que ha bajado desde el cielo, como a veces se presentan entre los humanos, no necesitarás nuestra ayuda, sino que seremos nosotros quienes pediremos tu protección.

—Soy un hombre, buen rey, uno muy desdichado —repuso Ulises, avergonzado por los halagos—. Si habéis

conocido a alguno que creíais el más infeliz, yo puedo equipararme a él.

Se habían matado ovejas, cerdos y bueyes. Los invitados colmaban su apetito con las viandas humeantes en medio de gran jolgorio. Al acabar los platos principales, un heraldo trajo a un viejo cantor para que entonara sus estrofas. A aquel hombre notable, la musa le había otorgado una gracia y un mal: le había quitado la luz de los ojos pero había iluminado su corazón con poemas alados. Acompañándose de su cítara, su delicada voz revivió a los héroes de Troya y sus muchos azares, que recorrían ya el mundo entero.

Cuando Ulises oyó los nombres de sus amigos queridos en versos que enaltecían sus hazañas, volvió a dolerle el corazón por lo perdido. Las lágrimas le humedecieron la barba y él se ocultó bajando la cabeza. Aprovechando una pausa en el canto, llamó al heraldo y le pidió que llevara al rapsoda la mejor porción del lomo que tenía en su plato, porque la musa, dijo, lo había dotado de tal genio que parecía que hubiera estado allí. Creyó que nadie se daba cuenta, pero los reyes lo oían gemir y hablar tan lastimeramente.

Prosiguió la canción el rapsoda celebrando el ardid del caballo de madera y la parte que había tenido en él el griego más astuto, el soberano de Ítaca. Las alabanzas que le tributaba el poema asombraron a Ulises y arrasaron de nuevo su ánimo. Al verlo tan apenado, el rey hizo una señal para interrumpir el recital.

—Dejemos descansar la cítara, pues lo que canta no es grato a todos. Melancólico viajero, no nos ocultes más lo que queremos saber. Dinos quiénes son tus padres y cuál es tu patria, si es que mis feacios han de conducirte a ella.

El héroe asintió agradecido y se levantó en su asiento, de modo que todos vieron la majestad que irradiaba. Su voz resonó en el jardín, maravillando a los presentes, cuando dijo:

—Soy Ulises, hijo de Laertes, y mi casa es Ítaca. Si deseáis oír mis congojas de mis propios labios, os daré satisfacción, pero ¿dónde empezar mi relato, dónde terminarlo?

La sorpresa recorrió la reunión de los feacios e iluminó el rostro claro de Nausícaa. Todos abandonaron el pan y la carne, los heraldos se quedaron inmóviles, los coperos, paralizando en el aire sus jarras, las miradas fijas en aquel hombre formidable en cuyos ojos centelleaba la leyenda, era el poema del rapsoda hecho carne. Ante aquella audiencia embelesada Ulises contó sus aventuras: el desvío en el cabo Malea, la ruina que les trajo el cíclope antropófago, la insensatez que perdió los vientos, los hechizos de Circe y el viaje a la tierra de los muertos, el canto de las sirenas, el terror de Escila y Caribdis y, finalmente, el amor de Calipso, después del cual había sufrido su naufragio más penoso, quedando al borde de la muerte, de donde fue rescatado por la noble Nausícaa. La princesa se sonrojó al oír su nombre en labios del héroe, que se sentó a descansar en cuanto hubo terminado. Solo Alcínoo se atrevió a romper el silencio después de su relato.

—¡Salve, Ulises, el más noble de todos los huéspedes que jamás haya cobijado mi casa! Si es tu deseo, te daré un barco y remeros, pero si los dioses han dispuesto que el mar te sea siempre adverso, albergo el sueño de ofrecerte casa y hacienda y que tomes por esposa a la bendición de mis días, mi hija preciosa. Todo te daría para que aceptases el trono que estoy pronto a dejar. ¿Qué os parece, feacios, que un héroe enviado por los dioses se convierta en vuestro rey?

Un murmullo recorrió las largas filas de invitados, donde algunos celebraban y otros parecían desolados. Nausícaa bajaba el rostro, abochornada y fascinada al mismo tiempo al figurarse esposa de un héroe al que cantaban los poemas. Tantos honores resarcían al rey de Ítaca de las penalidades sufridas. Evitaba mirar a la princesa para no turbarla, pues solo era una muchacha, pero tenía muy presente su radiante pureza. Nausícaa, bellísima flor que iniciaba su primavera, espíritu sincero, inviolado por la corrupción del mundo. Su hermosura iluminaba aquella tierra de gentes felices. ¿Volverían las tempestades a echarlo al agua si intentaba de nuevo el regreso? ¿Seguiría maldito para siempre? Gobernar a un pueblo jubiloso con una esposa bella y joven no sería la peor suerte. Pensando en ello, un nuevo dolor lo hirió en el pecho al darse cuenta de que nada cantaban los rapsodas de Penélope y Telémaco, a pesar de haberlos tenido consigo en la desgracia. ¿Era justo que al final fueran olvidados? No, jamás podría vivir sin saber si, de regresar a casa, hubiera hallado a su mujer a salvo, a su hijo, a sus parientes, en buena salud.

—Bondadoso Alcínoo, si Nausícaa fuera una diosa celeste, creería que es Ártemis por su belleza y su porte gentil, porque nunca han visto mis ojos un ser mortal como ella. La fortuna sonreirá a quien consiga hacerla su esposa. Pero a mí, ya maduro, mírame piadosamente, pues estoy sumido en una aflicción indecible. Solo deseo acabar mis días entre los míos o morir en el intento, si es que así está dispuesto.

Los feacios lo admiraron más aún por estas palabras. Afectuoso, Alcínoo le puso la mano en el hombro.

—No todos los dioses te persiguen. Alguno debe protegerte, porque te ha traído a mí. El señor del mar es sangre de

mi sangre. Mañana sacaremos a las aguas una buena nave con cincuenta remeros, que armaremos con los palos y las velas que guardamos en el templo de Poseidón que mi padre, que fue su hijo, alzó en el ágora. Te aseguro que no te extraviarás del camino al hogar y pronto olvidarás las miserias.

Al oír aquella promesa, Ulises sintió que la dicha le devolvía su fuerza juvenil. Había encontrado amistad en la familia del dios que lo vejaba. Con el corazón aligerado, alzó la copa hacia Nausícaa, que lo observaba desde su recato, y exclamó:

—Generosa Nausícaa, si Zeus permite que goce yo de la luz del regreso, te habré de invocar cada día por siempre jamás como una verdadera diosa, porque tú, salvadora mía, me habrás devuelto la vida.

◇◇◇

Los sinuosos senderos de Ítaca, las calas del mar, las empinadas rocas, las frondosas montañas, el trigo y la vid. En el patio del palacio, príncipes altivos juegan a los dados, echados sobre las pieles de los bueyes del rey; heraldos y criados mezclan agua y vino, limpian las mesas con esponjas, trinchan carne en abundancia: el cerdo mejor cebado, la cabra más escogida, toneles de vino vacíos uno tras otro. Penélope, esbelta como Ártemis y bella como Afrodita, teje una gran tela en el aposento más apartado, con los pretendientes a la espera; llora y gime en su lecho de madrugada, pide a los dioses una flecha que le atraviese el pecho. La brisa del mar susurra: «Ulises, si tú eres el más astuto de los hombres, yo soy la más sagaz de las diosas. Óyeme: ni en tu casa has de renunciar al engaño hasta verte seguro, pero ve tranquilo, porque yo te asisto».

Ulises despertó de aquel sueño intenso a bordo de un bajel feacio que cortaba las olas raudo como un halcón. Asomaba ya la estrella matutina cuando se destacó sobre el mar el perfil de su amada isla. Lo contempló desde la proa, esperanzado, diciendo para sí: «Excelsa hija de Zeus, aunque en casa me esperen mil enemigos, si tú me ayudas, no los temo». Luego pidió al capitán que abandonara la ruta de la ciudad y pusiera vela hacia otro lugar, a una bahía resguardada de las miradas que él conocía en el confín de sus tierras. Mientras enfilaban hacia allí, los feacios vieron con pasmo que el cuerpo del héroe mudaba en otro enteramente opuesto: su cabeza perdía el cabello, sus miembros se ajaban, su túnica y su capa se volvieron andrajos. A sus pies halló un cayado y un morral harapiento, propio de un mendigo.

◇◇◇

El viento y la sal, aguas frías, cortantes, el océano inmenso sin ciudades de hombres. La sangre de los héroes más ilustres salpica el polvo ante las murallas de Troya, Agamenón y Menelao disputan, los griegos se ensañan, envidia, venganza, ira desmedida. En una isla solitaria, Ulises derrama lágrimas de añoranza, sin barcos ni remeros para volver a la patria. La espuma de las olas murmura: «Telémaco, cómo te pareces a tu idolatrado padre en el rostro, el cuerpo, el agudo mirar; en todo eres igual y su espíritu vive en ti. Vuelve a casa sin demora, pero guárdate de tus enemigos. No te acerques a ninguna isla y viaja de noche. Tan pronto arribes a Ítaca, acude a la cabaña de tu fiel porquero».

El joven Telémaco se alzó en la cama buscando la voz de mujer que le había hablado, pero no había nadie en la

alcoba. Se hallaba en Esparta, hospedado en el magnífico palacio de Menelao, que había llegado hacía poco de tierras remotas tras ocho años de fatigas, el último de los héroes griegos. Por ello había acudido Telémaco a visitarlo en busca de noticias sobre el paradero de su padre. Las luces y las sombras que había soñado trepidaban en su cabeza. Alzándose del lujoso lecho, se puso la túnica a toda prisa, se echó el manto sobre los hombros, se ató las sandalias. Pronto cruzaba corriendo las salas del palacio en busca de su anfitrión, porque ahora sabía que una diosa velaba por él y tenía que partir sin falta.

◇◇◇

La morada de Ulises ofrecía un triste aspecto. Habían transcurrido años desde que llegara la noticia de la caída de Troya y la vuelta de los demás héroes, y se había ido extendiendo el rumor de su muerte. Doce príncipes poderosos y acaudalados de Ítaca pretendían la mano de la viuda, a quienes se sumaban veinticuatro de la vecina isla de Same, veinte de Zacinto y veinticinco de Duliquio, con heraldos, rapsodas, cocineros y sirvientes. Cada día se presentaban, uno tras otro, y se sentaban en los sillones del rey, obligando a que les lavaran las manos, les sirvieran pan y carne, les colmaran las copas. Venían después las danzas y el canto del rapsoda.

Pero aquella mañana se fueron reuniendo todos sin jolgorio y exigieron al heraldo que compareciera la reina ante ellos. Como no lo hacía, empezaron a causar alboroto, pues el vino los volvía petulantes. Encerrada en sus aposentos, Penélope tenía el rostro arrasado por el llanto, pero sentía el deseo de mostrarse hermosa para aumentar el desespero de sus pretendientes ante lo que jamás tendrían. Su vieja ama la acicaló, dando a su tez el brillo del marfil, y la vistió para que se viera más alta. Radiante de belleza juvenil, bajó al salón donde la esperaban. Al verla aparecer, escoltada por sus doncellas, los galanes perdieron su fiereza vencidos por su encanto.

—¡Avergonzaos, príncipes importunos! —los increpó la reina—. ¿Os ha afrentado Ulises para que os creáis con derecho a desquite? ¿Os he causado yo algún daño? No os comportáis como siempre ha sido costumbre. Son los galanes que solicitan la mano quienes aportan dones nupciales, en lugar de devorar impunemente los bienes ajenos.

Como no le faltaba razón, nadie se atrevió a replicarle, excepto el menos prudente de todos, Antínoo, hijo de Eupites, que, levantándose, exclamó:

—No somos nosotros los causantes de estos quebrantos, sino tú. Han pasado tres años desde que nos dijiste: «esperad para mi decisión a que acabe la tela que estoy tejiendo, que será el lienzo mortuorio de Laertes, porque no quiero que nadie pueda reprocharme que este hombre ilustre quedó sin sudario el día de su muerte». Con ese piadoso pretexto ganaste nuestro favor, pero, aunque pasas los días trabajando en tu urdimbre, de noche, a la luz de la vela, la vas destejiendo. Una sirvienta nos lo ha contado.

Viéndose traicionada, Penélope no pudo evitar que lágrimas de rabia mancharan sus mejillas, aunque las mantuvo en silencio. Eurímaco, hijo de Pólibo, quien superaba a los demás en regalos y prometía grandes presentes de noviazgo, dio un paso adelante:

—No nos marcharemos hasta que hayas elegido esposo, así que no te burles más de nosotros.

Así comenzaron a insistir todos con gran revuelo. La reina les dio la espalda con gesto altanero, aunque arrasada en lo más profundo. Volvió con las doncellas a sus estancias sin saber ya cómo evitar el terrible día de su boda, que sería para ella el entierro de su adorado Ulises.

∞∞

En las alturas boscosas de la serranía itacense, un alto cercado de estacas de encina guardaba los chiqueros de la hacienda real, donde Eumeo, el más fiel de los siervos, criaba hermosos puercos, protegido por perros fieros como lobos. El porquero preparaba el almuerzo en su humilde cabaña para él y un viejo pordiosero que había llamado a su puerta la noche anterior pidiendo cobijo. Iban ya a comer cuando oyeron pasos afuera. Los perros no ladraban, sino que parecían alegres de ver a quien llegaba. Se abrió la puerta y fue Telémaco quien apareció en el umbral de la casa. El porquero fue a abrazarlo como un padre amoroso. Viendo que era el amo, el mendigo quiso cederle su sitio, pero el joven le pidió que no se moviera. Eumeo sirvió a su señor una fuente de carne asada y mezcló vino en su jarra.

—¿Quién es este desventurado extranjero? —le preguntó el muchacho.

—Llegó anoche diciendo ser uno de los griegos de Troya, que anda errante y quiere contar lo que recuerda. Muchos caminantes han venido con embustes a ganarse hospedaje, pero este forastero conmueve el corazón con la viva pintura que hace de Ulises, pues parece que el rey estuviera aquí, hablando por su boca, cuando refiere lo que decía en la guerra. Yo te lo presento para que procedas como tengas a bien.

Pero Telémaco se mostró pesaroso. ¿Cómo podía proteger a aquel hombre en su casa de la manera en que se hallaba?

—Ya no somos dueños de lo nuestro. En nuestro salón se congregan todos los príncipes que, en ausencia del rey, tienen poder en nuestras islas, y son tantos que llegan a la centena.

—¡¿Cómo se atreven esos hombres a tanta insolencia, siendo tú el heredero de la casa!? —estalló el mendigo, indignado.

Volviéndose al porquero, Telémaco le mandó ir a la ciudad a anunciarle a su madre, sin que nadie se enterara, que estaba de vuelta. Eumeo se calzó las sandalias y se fue a cumplir la orden. Apenas salió por la puerta, se coló en la cabaña un jirón de la niebla que se había levantado de forma súbita. Cuando el muchacho fue a cerrar, vio que los perros corrían a esconderse con el rabo entre las patas. Después de correr el pasador, se volvió para seguir la charla, pero entonces se encontró con que, al lado del mendigo, la niebla se tornaba sólida y adoptaba la figura de una doncella bellísima, de talla majestuosa y una tez fulgente que iluminaba la estancia.

—Ya no tienes necesidad de ocultarte a tu hijo —dijo la dama al mendigo—. Id los dos a la ciudad a castigar a esos infames, pues han tomado la determinación de no esperar más y van a forzar la ruina de vuestra casa.

Tal diciendo, tocó al pordiosero, y con ello, el hombre se rejuveneció, ganó en estatura y fuerza, se llenó su rostro, ennegreció su barba, lo cubrieron la túnica y el manto de un bravo guerrero. Recuperada su forma, Ulises se alzó y extendió los brazos hacia Telémaco, que había quedado admirado ante lo que había visto.

—Reconóceme, hijo, pues soy tu padre, por quien tanto has sufrido.

Hablando así, intentaba reprimir las lágrimas, pero ya se le escapaban a pesar del esfuerzo. Fue entonces cuando se atrevió Telémaco a dejar ir su llanto. Corrieron el uno hacia el otro y, sintiendo que había llegado el fin de sus largas penas, los dos se desahogaron uniéndose en un largo, tierno abrazo.

◇◇◇

Nenúfares en aguas tranquilas, el soniquete cristalino del arroyo, un estanque rodeado de flores aromáticas. Salen los gansos del agua, caminando en fila para secar sus plumas, buscando el trigo en la artesa. Un águila rapaz que viene del monte cae sobre ellos; aquí les clava el pico ganchudo, allá los desgarra, aquí les parte el cuello. Yacen muertos por el suelo, las plumas ensangrentadas, mientras el águila se sacia con sus entrañas. Entonces se vuelve y dice con lengua humana: «Valor, Penélope, no desesperes.»

La reina se despertó gritando. Sus doncellas corrieron a tranquilizarla, pero no podía contener el llanto. Aun gimiendo, sacó un cofrecillo que guardaba bajo el lecho, del que extrajo una hermosa llave de bronce con empuñadura de marfil. Seguida por sus criadas, marchó por los pasillos hasta la puerta de una cámara apartada. Abrió los cerrojos y empujó el portón, que giró mugiendo como un toro en el prado. Su espíritu se turbó tan pronto entró y volvió a ver los arcones que guardaban las ropas y utensilios de su marido. Se acercó a una funda brillante, que abrió con dedos temblorosos: el arco de Ulises. Tomándolo con cuidado, se sentó en el suelo y lo apoyó en su regazo. Allí se ocupó en limpiarlo y pulirlo para sacar brillo a la madera, entregada por completo a la labor, hasta que la aurora bañó su rostro de oro.

◇◇◇

Los altivos galanes se reunieron en el patio frente al palacio, donde pasaban el tiempo lanzando el disco y la lanza hasta que el heraldo anunciaba que la comida estaba dispuesta. Habían recibido un mensaje de la reina anunciando que tomaría una decisión antes de que se pusiera el sol y se medían unos a otros, observándose en tensión. Apenas recibieron aviso, entraron en tropel en la casa. Ya no quedaba ninguno afuera cuando Telémaco llegó acompañando al mendigo andrajoso, que arrastraba sus tristes huesos con su cayado. Ulises, bajo esa forma, volvió a contemplar su casa después de veinte años. Sintió que le temblaban las piernas y apretó con fuerza la mano de su hijo. Pronto se desvaneció su pena, superada por la rabia, al llegarle el olor de la comida y los sones de la lira.

Iba a entrar cuando vio un perro viejo y despreciado, al que no cuidaba nadie, echado allí cerca sobre un montón de estiércol. El animal levantó la cabeza y las orejas reconociendo a su amo a pesar de su disfraz, porque había sido en otros tiempos su perro de caza favorito. Como vio que el pobre can ya no tenía fuerzas para levantarse, el héroe se acercó a acariciarlo. «Argo, viejo amigo», le susurró tiernamente. Los ojos del can lo miraban con un nuevo brillo, mientras agitaba el rabo. Luego recostó la cabeza y exhaló su postrer suspiro, feliz de haberlo vuelto a ver después de tantos años. El héroe enjugó una lágrima.

Cuando Ulises entró en el salón y presenció cómo aquella horda grosera comía y bebía en estrepitoso bullicio, la furia le cortó el aliento. Ardía en deseos de molerlos a palos, sin embargo, frenó su hervor para seguir con su plan. Así, mientras Telémaco desaparecía para hablar con su madre, el héroe fue a arrastrarse entre los pretendientes para pedir limosna. Uno por uno, extendía la mano y los miraba de reojo, para ver quiénes eran compasivos y quiénes lo despreciaban, porque había resuelto que a unos les daría una muerte más dulce que a los otros.

—¡Fuera de mi mesa si no quieres que te arranque la piel! —dijo el rico Eurímaco al verlo acercarse.

El mendigo se alejó de él murmurando penosamente. Antínoo, más procaz que ninguno, le arrojó un taburete con el que le alcanzó en la espalda doblada.

—¿Quién ha dejado entrar a esta peste para amargarnos el banquete?

Ulises permaneció firme, meciendo la cabeza mientras meditaba mil desastres. Se hizo el silencio en el salón y todos volvieron la mirada hacia las puertas interiores, pues Penélope se presentaba allí con sus damas a uno y otro lado. Su esposo la halló más majestuosa aún, una bella diosa de plata y marfil, más noble e insigne que cuanto había soñado. Su voz sonaba triste, pero juiciosa, revestida de dignidad inquebrantable.

—Mientras Telémaco fue un niño, su corta edad no dejaba que me casase —dijo a los presentes—, sin embargo, ya está en la flor de la juventud y debo resignarme para preservar su herencia. Oídme bien: no me casaré con ningún hombre inferior a Ulises. Quien de vosotros quiera ganarme, que se prepare para una prueba —añadió, indicando a las doncellas que abrieran la funda y presentaran el arco de su marido

y su carcaj lleno de flechas—. Aquel de vosotros que, cogiendo en sus manos el arco de mi noble esposo, lo curve ágilmente y traspase con una flecha los ojos de doce hachas puestas en hilera, como él hacía, a ese lo seguiré como consorte.

Los pretendientes vacilaron, porque la prueba no era sencilla. Todos tenían en el recuerdo al magnífico Ulises, un hombre como había pocos, aunque solo lo hubieran visto cuando eran niños. Como nadie se pronunciaba, Telémaco dio un paso al frente, quitándose la capa púrpura y desciñéndose la espada.

—Yo también me someteré a la prueba, porque si yo venciese, mi madre no marcharía de mi casa.

Trazando primero un surco en el suelo, fue clavando doce alargadas cabezas de hacha en fila de modo que los ojos quedaban alineados. Después, cogiendo el arco, fue a apostarse en el umbral de la puerta y probó a cargarlo con una flecha y tirar de la cuerda. Pronto se vio que no podía. Por tres veces lo intentó, hasta convencerse de que era imposible. Dejó el arma apoyada y se retiró consternado. Entonces se alzó Antínoo para ordenar el grupo, primero los de atrás, de izquierda a derecha, dejándose a sí mismo para el final, porque quería estudiar los fallos de los demás.

Uno tras otro lo fueron intentando todos, los de Same, los de Duliquio, los de Zacinto, los de Ítaca, uno por uno. A pesar de sus esfuerzos, sus manos se cansaban y sus brazos desfallecían. «¡Que lo haga otro!», se gritaban, ansiosos por probar. Ninguno logró doblar el arco; a todos les faltaba el vigor. Al fin quedaron solo los dos más robustos: Eurímaco y Antínoo.

Eurímaco acercó el arco al fuego, donde le dio vueltas y vueltas para calentarlo. Creyendo que lo habría ablandado, se colocó luego frente a las hachas e intentó tirar de la cuerda.

El arco crujió, pero no lo suficiente para doblarse y proyectar la flecha. Insistió hasta dolerle los dedos, pero tuvo que soltarlo, estallando en un rugido soberbio. Era el turno de Antínoo, quien, sin embargo, viendo el fracaso de todos, había perdido la confianza y pensaba que tampoco lo lograría.

—Bebamos y descansemos —propuso—. Mañana sacrificaremos las cabras mejores a Apolo, el insigne arquero. Que sea él quien dé la victoria a quien quiera.

Apenas hubo pronunciado aquellas palabras, el mendigo se abrió paso entre ellos, diciendo:

—Haréis bien siguiendo ese juicioso consejo. Cesad el tiro y seguid la fiesta. Entretanto, os pido que me dejéis ver ese arco y probar si mis brazos dolientes conservan algo de la pujanza de antaño.

—¿Has perdido el seso o el vino se te ha subido a la cabeza? —replicó colérico Antínoo, dispuesto a golpearle.

Penélope intervino para aplacarlo con su voz suave.

—Antínoo, no es de justicia hostigar a los hombres que otros hospedan. ¿Temes acaso que logre doblar el arco y se me lleve por esposa?

Los pretendientes soltaron grandes carcajadas, que calmaron el rencor que habían ido guardando, salvo Antínoo, que sentía arder sus mejillas. Telémaco entregó el arco al mendigo y, entonces, como todos se divertían mirando qué hacía aquel andrajoso con tan magnífica arma, habló a su madre quedamente para decirle que se retirara a sus aposentos y diera orden de cerrar todas las puertas desde fuera.

El pordiosero examinaba el arco por uno y otro lado ante las risas de los galanes, que creían que no sabía lo que hacía, cuando en verdad él miraba que en tanto tiempo la carcoma

no hubiese roído la madera o tuviese desperfectos. Al ver la soltura con que le daba vueltas, hubo alguno que murmuró que parecía que fuera ducho en la materia. Una vez revisado por entero, el mendigo pulsó la cuerda con un movimiento leve de la mano como un cantor con las cuerdas de su lira, a lo que aquella emitió un sonido claro como el piar de una golondrina. Los rostros de los pretendientes mudaron de color y, en ese momento, el cielo dejó oír un trueno que llenó de gozo al ingenioso Ulises, pues Zeus, padre de dioses y hombres, le mostraba su aprobación. Tomando una flecha, la fijó contra el codo del arco, tiró de la cuerda y, apuntando bien derecho, disparó. La flecha atravesó el ojo de la primera hacha, y luego todos los demás, uno tras otro, hasta el último, después del cual fue a clavarse contra un poste con tanta fuerza que la punta salió por el otro lado. Entonces, volviéndose hacia los aturdidos pretendientes, dijo:

—Sigue entero mi vigor. Pero ya es hora de dar de cenar a los invitados antes de que cierre la noche. Luego vendrá la música y el canto, que son los ornamentos del banquete.

Así hablaba mientras el hechizo de Atenea se iba desvaneciendo, se llenaban sus miembros, se elevaba su talla, hasta que allí, ante la vista de todos, apareció Ulises, el rey de Ítaca, el señor de la casa, que había vuelto. A una señal de su padre, Telémaco corrió a su lado empuñando la espada y la lanza.

Cargando con las flechas del carcaj a sus pies, Ulises encaró el arco hacia Antínoo, que todavía mantenía en alto su copa, y disparó. La flecha le traspasó la garganta, haciéndole vomitar un caño de sangre. El galán procaz se vino al suelo, derribando la mesa en un revoltijo de pan y carne. Los demás saltaron de sus sillones, pálidos de es-

panto. Solo Eurímaco desnudó su espada y se lanzó hacia el rey con un aullido atronador. Le alcanzó la lanza de Telémaco, que le atravesó el pecho hasta asomar por la espalda y lo tiró hacia atrás contra las mesas, los platos, las copas y el sillón donde se había aposentado, que salió arrojado a distancia. Mientras aquellos dos daban sus últimas convulsiones, borboteando la sangre en sus heridas, los demás se resguardaban detrás de las mesas y desenvainaban las espadas. Los sirvientes que habían quedado en la sala y que aún eran fieles a su señor, acudieron a su lado con escudos y lanzas. Así quedaron los defensores del rey alineados y a punto para el combate.

Los pretendientes intentaban alcanzar a Ulises, pero los suyos los mantenían a distancia. Volaban las flechas del rey haciendo blanco a cada disparo. Ya los cuerpos formaban un montón por toda la sala. Pero luego se acabaron las flechas y los sirvientes arrojaron sus lanzas, sin que ninguna quedara sin probar sangre, pues eran robustas y perforaban las mesas. Algunos galanes se armaron con lanzas arrancadas a los caídos y las arrojaron de vuelta. Sus disparos fueron a dar en el quicio de la puerta, en las columnas, contra el muro, y por ello se quedaron muy extrañados, pues eran guerreros hábiles, incapaces de semejante fallo. Ulises alzó la mirada hacia la viga maestra del techo, donde una gran lechuza blanca y gris de ojos penetrantes desplegaba largamente sus alas algodonosas. Al verla allá arriba, cundió el pánico entre los galanes, porque sin duda estaba escrito que morirían en aquella lid.

Siguiendo al héroe, los de Ulises desenvainaron sus espadas y salieron a buscar al enemigo cuerpo a cuerpo. Vibraba el acero a uno y otro lado, rechinando al chocar, provocando chillidos horribles al penetrar la blanda carne. Hubo allí una terrible carnicería; no se oía más que el crujir de los huesos cercenados, de los cráneos partidos, los estertores de agonía de los hombres, que se arrastraban sujetándose las entrañas desgarradas. Los cadáveres fueron cubriendo el suelo, sobre un charco de sangre humeante, como peces que el pescador sacude de la red. Bañados de escarlata, erguidos entre los muertos, Ulises y los suyos parecían leones que saciaran su placer de carne cruda, y no dejaron con vida más que a uno solo. Sabiéndose perdido, el último de los pretendientes se arrojó a los pies de Ulises para abrazarle las rodillas.

—¡Apiádate de mí! Traté de disuadir a los demás, sin lograr que me escucharan. Era solo su adivino y nada malo he hecho. ¿También he de morir?

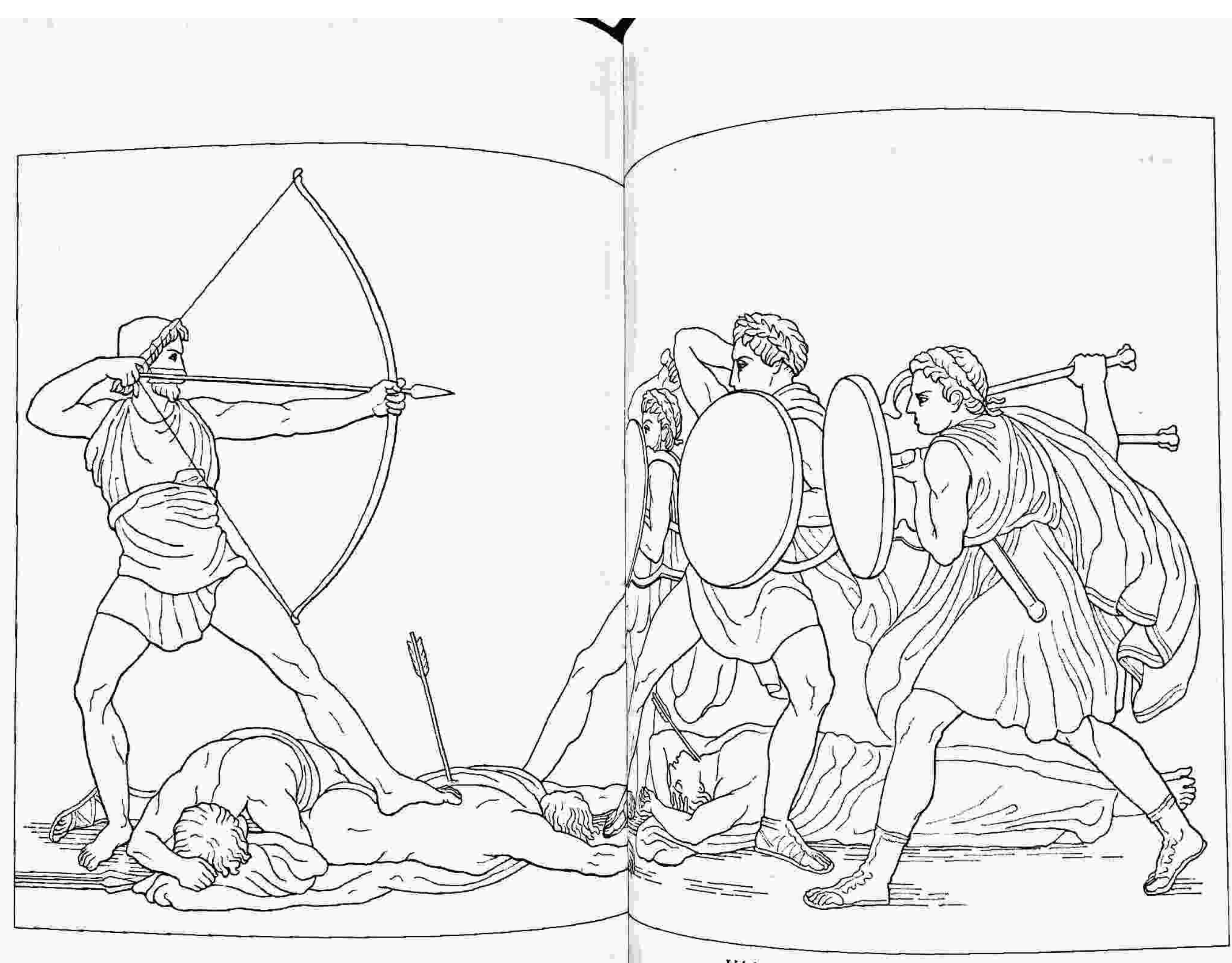
Ulises bajó la mirada hasta él torvamente.

—Si fuiste su adivino, debiste rogar muchas veces porque yo no volviese.

Cayó su espada purpúrea y le cortó la cabeza de un solo tajo, echándola a rodar por tierra, congelado el rostro en una mueca horrenda. Los ojos grandes y brillantes del adivino quedaron abiertos y clavados en la lechuza, la cual abandonó la viga y cruzó el salón aleteando sobre los cadáveres hasta llegar a la chimenea, una abertura en el techo. Allí se posó un momento, volvió la cabeza atrás y, tras cruzar la mirada con Ulises, salió volando hacia el Olimpo para dar la noticia a los dioses de que la aventura del héroe había llegado a su final.

◇◇◇

Al oír pasos al otro lado de la puerta, el ama y las doncellas de Penélope se abrazaron. La llave giró en el cerrojo y gimió



Volaban las flechas del rey de Ítaca haciendo blanco a cada disparo.

el portón de los aposentos de la reina. En el vano se mostró un hombre de amplias espaldas, melena y barbas rojizas, cuya edad madura no podía ahogar el vigor de sus brazos. Se había lavado apresuradamente del cuerpo y la cara la sangre del terrible combate que las mujeres habían estado escuchando con el alma en vilo. Dio un paso adelante y ellas recularon contra la pared, salvo Penélope, que lo observaba desde el centro de la estancia cogiéndose ambas manos. El guerrero llegó hasta ella, mirándola tiernamente, y aguardó a que hablase, pero el asombro la había enmudecido. Tan pronto creía reconocer aquel rostro como le parecía un extranjero.

—Desdichada esposa mía —dijo Ulises—, las miserias han endurecido tu corazón y ya no reconoces a tu esposo, que ha regresado después de veinte años.

La duda la extraviaba. Recordaba perfectamente el aspecto de su marido cuando abandonó Ítaca en su barco, pero, al cabo de tanto tiempo, no estaba segura de que aquel hombre fuera el mismo. No era capaz de dirigirle la palabra, y con gran dificultad lograba mirarlo a la cara. Sin embargo, se decía, si verdaderamente aquel era su Ulises, enseguida lo reconocería, porque poseían señales secretas que solo ellos conocían. De este modo, intentó probarlo, diciendo a sus doncellas:

—Preparadle el lecho fuera del dormitorio. Si ha esperado veinte años, no le importará dormir solo otra noche. Sacad la cama y cubridla con vellones, mantas y tapices.

Al oír esas palabras, los ojos de Ulises se encendieron.

—Tus palabras me mortifican. Mi cama no puede moverla ningún mortal. Yo mismo la construí en el centro del solar donde edificamos el palacio, tallada en el tronco de un

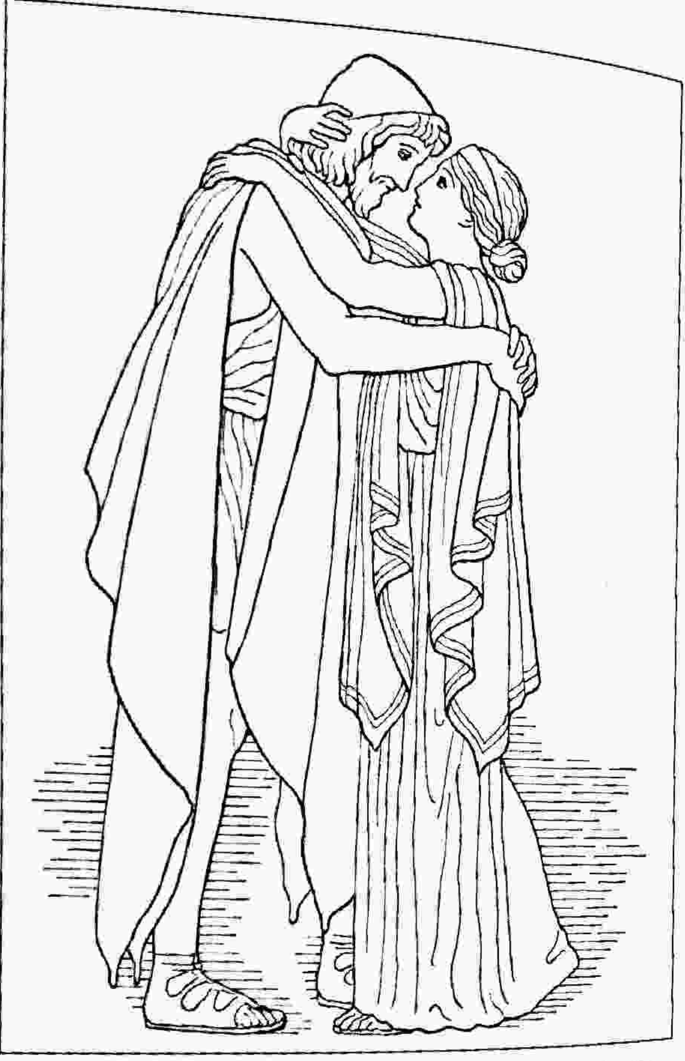
olivo, alrededor del cual mandé disponer toda la casa. Quien quiera cambiarla de lugar tendrá primero que cortar el tronco de su raíz.

La reina sintió que el corazón se le quebraba y le flaqueaban las rodillas. Rompiendo en llanto, se echó sobre su marido, le rodeó el cuello, colmó de besos su rostro, su cuello, sus labios, sus fuertes manos. El alma del héroe se estremecía al sentir de nuevo a su amada esposa contra su pecho, entre sus brazos, y no pudo contener los gemidos y las dulces lágrimas. Pasaron el resto de la noche con los cuerpos enlazados, besándose, llorando de felicidad sobre el tálamo nupcial de antaño, hasta haberse contado las propias historias, después de lo cual un sueño suave relajó sus miembros y calmó sus cuitas y al final se durmieron uno sobre el pecho del otro.

◇◇◇

Marcado con piedras entre la vegetación escasa, un sendero culebreaba entre cabañas por debajo de la cima pelada de uno de los montes del Pindo, la columna vertebral de la Hélade. Ulises marchaba a pie con su espada al cinto, un saco de cuero lleno de viandas, odres de agua y vino y un remo atravesado sobre los hombros. Como aún quedaba camino hasta la siguiente aldea, se afanaba con su pesada carga, sudando y bufando bajo el sol, sin detener sus pasos por nada.

Al cabo del rato de remontar el camino, vio a unos pastores que descendían. Cuando se cruzaron con él, se echaron a un lado para dejarlo pasar. Fijándose en el remo que llevaba a las espaldas, le preguntaron:



El héroe se estremecía al sentir de nuevo a su amada esposa entre sus brazos.

—Extranjero, ¿por qué cargas un aventador en primavera?

Apenas dijeron aquellas palabras, vieron que el extravagante viajero detenía sus pasos y exhalaba un suspiro con la cabeza gacha. Luego apoyó el extremo del remo en el suelo y, volviéndose, recorrió con la vista las tierras bajas de las montañas, tapizadas de espesos bosques de pinos y píceas, y los pastos que verdeaban en los valles. Cuando bajó los ojos hacia ellos, sintieron que una calma inmensa aflojaba sus miembros porque no habían visto jamás una mirada más tranquila, más serena, un hombre más en paz consigo mismo. Ulises les contestó con una sonrisa:

—Gracias.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

La narración del regreso de Ulises al hogar constituye la base de una de las obras fundamentales de la civilización griega, la Odisea de Homero. En los versos de este poema épico, y por primera vez en la historia, el ser humano empieza a descubrirse a sí mismo y a interrogarse sobre cómo llegar a ser el dueño tanto de su destino como del mundo en que vive, liberado ya de los dioses.

Ulises es, sin duda, uno de los personajes más fascinantes de la antigua mitología griega. Y lo es en buena medida gracias al poder de seducción de la *Odisea*, el poema épico que Homero compuso hacia el siglo VIII a. C. y que narra sus aventuras. Se trata de un texto vivo, clásico, que no ha dejado de inflamar la imaginación de quienes, hoy como ayer, se acercan a él. Y todo por ese mismo Ulises, alguien que no es un dios, un semidiós ni un héroe al uso, sino un ser de carne y hueso en el que todo lector puede reconocerse. Aunque Homero lo llamó Odiseo, nombre que puede significar «enojado», incluso «odioso» (en referencia al que, según una antigua tradición, fue su verdadero padre, Sísifo, un astuto ladrón y asesino), hoy se lo conoce más por su forma latina, Ulises, probablemente formada a partir de las palabras *oulé* («herida») e *ischion* («muslo»), en alusión a una herida que le causó un jabalí.

La *Odisea*, pues, es la principal fuente para acercarse a los viajes de Ulises, no así al personaje, quien también aparece en la otra gran

epopeya homérica, la *Ilíada*. Aunque ambas son extraordinarias, son también muy diferentes. Esta última sobrecoge por su evocación de un pasado arcaico, agresivo y violento, poblado como está por guerreros ávidos de gloria incluso al precio de su vida. Aunque esparcidas entre la relación de sus combates haya espacio para las más humanas emociones, la *Ilíada* es bárbara y lineal, pues en ella se vive, se mata y se muere. El suyo es un mundo de héroes. La *Odisea* es otra cosa: es una historia no coral, sino individual, y aunque en un principio se inscribe en la línea de otros relatos de regreso a la patria de los vencedores de Troya, pronto revela ser algo más: una obra que, en el fondo, de lo que está hablando es de la condición humana, de quiénes somos, de la necesidad de hacernos preguntas y de intentar ser los dueños de nuestro destino. Igualmente, trata de la nostalgia del hogar y la familia, del recuerdo. Los héroes, pues, dejan paso en estos versos a los hombres.

Aunque ya en la *Ilíada* Ulises dio cuenta de un talante diferente al de sus compañeros de armas cuando prefería recurrir a la inteligencia antes que empuñar el arco, la lanza o la espada, es en la *Odisea* donde esa cualidad alcanza un mayor desarrollo. Es un héroe humano, con sus virtudes y defectos, escurridizo, embaucador, valiente pero a la vez precavido y nunca demasiado escrupuloso, convencido como está de que el fin justifica los medios. Pero, lo más importante de todo, es alguien que usa aquello que distingue al ser humano del resto de seres vivos: la capacidad de pensar y razonar, que en él siempre va unida a la astucia, cuando no al engaño. El de Ítaca, «el varón de multiforme ingenio» como lo define Homero, es así el hombre que piensa, aquel que con su astucia e inteligencia no solo es capaz de sobrevivir a las pruebas más arduas, sino también de obtener aquello que se propone. Pero la capacidad de fascinación del poema homérico no se agota aquí. Otro elemento que lo hace



Detalle de un mosaico romano del siglo III d.C. que muestra a Ulises atado al mástil de su nave, escuchando el canto de las sirenas. La obra se conserva en el Museo Nacional del Bardo, en Túnez.

actual para los lectores de todas las épocas es la idea del viaje, tomada en un sentido que va más allá de lo literal y de la aventura. Ulises es así el eterno viajero, el hombre insatisfecho y curioso impelido a conocer aquello que le pueda ofrecer el otro y ávido de vivir experiencias nuevas que luego pueda explicar a los demás.

Más allá de todo esto, la *Odisea* puede leerse como un libro de aventuras cuya heterogénea combinación de elementos desborda el marco de la épica tradicional representada por la *Ilíada*. En sus cantos se mezclan tanto referencias históricas, o que pasarían por tales (como las relacionadas con la guerra de Troya, hacia el siglo XII a.C.), con otras protagonizadas por los dioses, así como leyendas con una amplia tradición anterior y posterior, caso de la bajada a los infiernos. Una visión del mundo de los muertos, considerado un lugar tan lóbrego y desolado como el Hades griego, ya se encuentra en el *Poema de Gilgamesh*, la epopeya más antigua que se conoce, pues data de alrededor del 2100 a.C. Ya en la Edad Media,

Dante Alighieri (1265-1321) daría la que es la más célebre versión de este mismo tema en su poema *Divina comedia*, una de las obras que marcan el tránsito de la Edad Media al Renacimiento.

Pero la materia de la *Odisea* tampoco se agota aquí: en ella se dan cita también relatos folclóricos, como el encuentro con la maga Circe o con el cíclope Polifemo, en los que no es difícil reconocer a la maléfica bruja y al fiero ogro de los cuentos populares de todas las latitudes. La maga Alcina, del poema épico *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto (1474-1533), capaz de convertir a los hombres en animales, plantas o piedras, y el gigante monocular de Simbad el Marino, en *Las mil y una noches*, son dos derivaciones de esos personajes. Y todo ello Homero lo canta con vivacidad y de una forma absolutamente innovadora, pues hace que sea el propio Ulises quien refiera sus peripecias en primera persona. Da igual lo inverosímiles que puedan llegar a ser esas vivencias, el hecho de estar narradas por quien las vivió les otorga credibilidad, un recurso que han aprovechado muchos autores posteriores de literatura fantástica, considerada esta en su sentido más amplio, Dante incluido. Por todo ello no es extraño que la *Odisea* haya sido considerada el origen de un género nuevo: la novela.

ULISES PERSONAJE LITERARIO

La mejor prueba de la relevancia de las aventuras de Ulises es el ingente número de obras que ha inspirado, y ello ya desde la antigua Grecia. Curiosamente, los grandes trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides apenas le prestaron atención, todo lo contrario que a la *Ilíada*. La excepción la constituye *El cíclope*, de Eurípides (480-406 a.C.), el único drama satírico de todo el teatro griego que se ha conservado

Homero a través de los siglos

Los antiguos griegos no albergaban ninguna duda de que su cultura se cimentaba sobre la *Ilíada* y la *Odisea*. Desde que a finales del siglo VIII a.C. ambas epopeyas, originalmente orales, fueron puestas por escrito, sus versos sirvieron a los jóvenes para aprender a leer y escribir, sin que por ello los rapsodas dejaran de cantarlos en fiestas y ceremonias. El filósofo Heráclito de Éfeso, a caballo de los siglos VI y V a.C., podía exclamar que «Homero merecía que lo expulsaran de los certámenes y que lo apalearan», pero era una excepción en una Grecia rendida al poeta. La admiración hacia su obra fue heredada por Roma y solo se vio interrumpida, al menos en lo que respecta al Occidente europeo, durante la Edad Media, debido al desconocimiento de la lengua griega por parte de los intelectuales y a la pérdida de las traducciones latinas de estos poemas. Tras ese paréntesis, los humanistas del Renacimiento, con la inestimable ayuda de los sabios bizantinos huidos de Constantinopla tras la caída de esta en manos otomanas en 1453, pudieron recuperar ese legado. Surgió así en 1488, y en Florencia, una primera edición de la *Ilíada* y la *Odisea*, obra del gramático Demetrio Calcocondilas, que marcó el inicio de su nueva y exitosa difusión por todo el continente, favorecida ahora por la invención de la imprenta. El siguiente paso, su traducción a las lenguas vernáculas, no tardó tampoco en darse. Homero reconquistaba así el lugar de privilegio que había ostentado durante la Antigüedad. Y ahí sigue todavía hoy.

íntegro. Como sugiere el título, el episodio tratado en él es el de Polifemo, pero con un leve tono de irreverencia, lógica por la presencia de un coro de sátiros y sus entusiastas referencias al vino. Este mismo asunto sirvió también al escritor sirio de expresión griega Luciano de Samosata (125-181 d.C.) para uno de sus *Diálogos marinos*, en el que Polifemo se queja amargamente a su padre Poseidón del «maldito extranjero que luego de emborracharme me cegó y me atacó mientras dormía». Pero donde más se manifiesta la influencia de la *Odisea* es en sus *Relatos verídicos*, una parodia de las historias de viajes en la que el protagonista, en primera persona, como el hijo de Laertes, narra su llegada a la luna o su encuentro con los mismísimos Homero y Ulises en la isla de los Dichosos. Escrita sin más pretensión que la de divertir, todavía hoy lo consigue.

La literatura latina tampoco fue indiferente al poema de Homero. Su influencia se aprecia especialmente en la *Eneida*, epopeya con la que Virgilio (70-19 a.C.) quiso glorificar el nuevo régimen imperial romano encarnado por Augusto. Protagonizada por el troyano Eneas, de quien los romanos se consideraban descendientes, toda ella se configura como una sucesión de viajes y aventuras al estilo de la *Odisea*, con descenso al reino de los muertos incluido. También Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), en su poema *Metamorfosis*, rememora con todo lujo de cruentos detalles el episodio de Polifemo, «cómo masticaba y cómo se le caía de la boca carne humana ensangrentada y vomitaba bocados amasados de vino», así como el de Circe, pero no por boca de Ulises, sino de dos de sus compañeros de infortunio.

En el siglo XVI, la homérica idea del viaje y el descubrimiento fue desarrollada por el portugués Luís de Camões (1524-1580) en su poema épico *Los Lusiadas*, en el que se narra la expedición de los navegantes portugueses a Oriente con un estilo que mezcla las referencias históricas con las mitológicas. La epopeya homérica fue

también la fuente directa de inspiración de *La Circe*, del dramaturgo español Lope de Vega (1562-1635), un poema épico en el que la relación entre Ulises y la maga se reviste de tintes moralizantes.

No menos rico para el astuto Odiseo fue el siglo XX. En 1922, el escritor irlandés James Joyce (1882-1941) publicó la más célebre de las adaptaciones modernas del mito, además de una de las obras clave de la novela moderna por la audacia de sus innovaciones estilísticas: *Ulises*. En ella, el de Ítaca se convierte en un publicista llamado Leopold Bloom que recorre durante todo un día Dublín y vive una serie de sucesos que evocan los de la *Odisea*. No se puede olvidar tampoco *Ítaca*, un breve poema del griego Constantino Cavafis (1863-1933) que incide en la idea del viaje y en que lo importante no es el punto de llegada, sino el camino, o lo que es lo mismo, moverse y aprender.

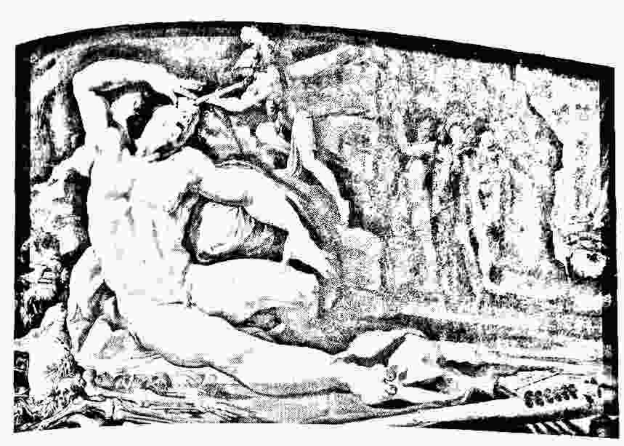
EL ETERNO VIAJERO EN LAS ARTES PLÁSTICAS

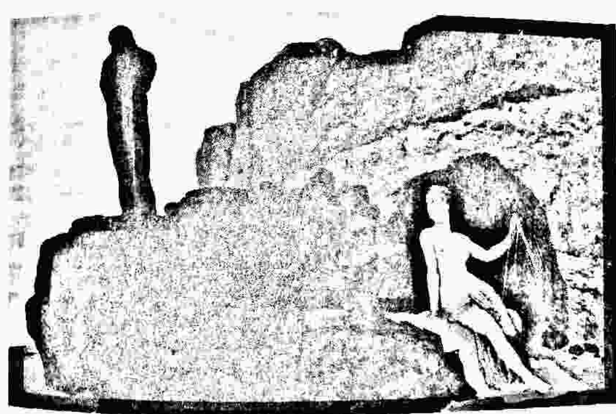
Las artes plásticas no han sido menos generosas a la hora de retratar el mundo de Ulises. Ya en época griega, algunos de los episodios de la *Odisea*, como los de las sirenas, Polifemo o Circe, fueron recreados en relieves, esculturas, vasos, cráteras y ánforas, en representaciones de gran calidad. Roma no fue ajena a esos temas, que utilizó profusamente en los mosaicos que decoraban las villas repartidas por todo su imperio, así como también en los frescos pompeyanos.

Tras el paréntesis medieval, en el que, no obstante, abundaron las imágenes de sirenas vistas como alegorías de la vanidad femenina, los humanistas del Renacimiento y el Barroco hicieron de Ulises uno de sus personajes predilectos, no en balde era el símbolo

del hombre que luchaba por ser él mismo quien decidiera su destino. Una de las obras realizadas entonces fue el fresco *Penélope y sus pretendientes*, de Pinturicchio (1454-1513), hoy en la National Gallery de Londres. Hacia 1550, Pellegrino Tibaldi (1527-1596) pintó para el Palazzo Poggi de Bolonia un ciclo de frescos basados en las historias de Ulises, entendidas como un emblema de las virtudes morales, políticas e incluso eclesiásticas en las que el responsable del encargo, el cardenal Giovanni Poggi, quería reconocerse. *El cíclope Polifemo* de Annibale Carracci (1560-1609), *Ulises y Calipso* de Jan Brueghel el Viejo (1568-1625), *Ulises en el país de los feacios* de Peter Paul Rubens (1577-1640) o *Ulises en la cueva de Polifemo* de Jacob Jordaens (1593-1678) son otras pinturas barrocas que se han acercado al mítico viajero.

No obstante, fue a partir del siglo XVIII, y gracias al historiador del arte Johann Joachim Winckelmann (1717-1768), cuando Homero y su obra se convirtieron en la base sobre la que se levantó todo un movimiento filohelenista cuya voluntad era convertir el arte griego en el modelo de los nuevos creadores. Uno de sus más entusiastas seguidores fue John Flaxman (1755-1826), quien, inspirándose en los relieves y estatuas clásicos, publicó en 1793 sus ilustraciones para la *Ilíada* y la *Odisea*. Su estilizado Neoclasicismo —tomado como modelo para las ilustraciones de esta colección— fue rechazado por el movimiento romántico, que, acorde a su atracción por lo misterioso, centró su atención en los aspectos más fantásticos y novelescos de la historia de Ulises. De entonces datan pinturas como *Ulises burlando a Polifemo*, de William Turner (1775-1851); *Ulises y Calipso* y *Ulises y Polifemo*, de Arnold Böcklin (1827-1901), o las versiones de *Ulises y las sirenas* realizadas por los simbolistas Gustave Moreau (1826-1898), Herbert James Draper (1863-1920) o John William Waterhouse (1849-1917). Este último fue todo un entusiasta de la





Dos interpretaciones de episodios de la Odisea. En la parte superior, Ulises y Polifemo, *fresco pintado a mediados del siglo XVI por Pellegrino Tibaldi, que destaca por la dramática torsión con que se representa el cuerpo del cíclope herido. Muy diferente es la aproximación del pintor suizo Arnold Böcklin en su* Ulises y Calipso *(1882). Ajeno a los encantos de la ninfa y a su promesa de inmortalidad, el héroe es mostrado aquí de espaldas, sin rasgo distintivo alguno, atento solo al mar que lo separa de su patria.*

Odisea, a cuyos personajes se acercó más de una vez, sobre todo a Circe, a la que pintó en *Circe ofreciendo la copa a Ulises* y *Circe celosa*, obras que ofrecen una imagen de la maga como mujer fatal, misteriosa, en contacto con las fuerzas de la naturaleza, imagen que contrasta con la de la esposa virtuosa que se aprecia en otro lienzo suyo, *Penélope y los pretendientes*. Diferente es el enfoque de Marc Chagall (1887-1985), quien en 1974 ilustró la *Odisea* con una serie de litografías que destacan por su colorido, magia e ingenuidad.

ULISES EN LA MÚSICA Y EL CINE

En lo que a la música se refiere, las peripecias y la extensa galería de personajes que aparecen en la *Odisea* hicieron que el de Ítaca llamara la atención de los libretistas y compositores de óperas desde que este género dramático-musical iniciara su andadura a principios del siglo XVII. Así, en 1640 Claudio Monteverdi (1567-1643) estrenó en Venecia toda una obra maestra: *El regreso de Ulises a la patria*. Como su título indica, la acción se centra en los últimos cantos de la *Odisea*, con el regreso del héroe a Ítaca, el reencuentro con su familia y la venganza sobre los pretendientes, aquí, por razones de economía dramática, reducidos a tres. Aunque el Barroco y el Clasicismo no dieron la espalda al de Ítaca, con obras como *Telémaco o la isla de Circe*, de Christoph Willibald Gluck (1714-1787), fueron el Romanticismo y la modernidad los que hicieron de Ulises uno de sus personajes predilectos. Así, en 1913, el francés Gabriel Urbain Fauré (1845-1924) dio a conocer *Penélope*, un poema lírico de música sugerente y no desprovista de misterio. Un enfoque muy distinto al del italiano Luigi Dallapiccola (1904-1975), cuyo *Ulises*, si bien aborda los episodios más famosos de la *Odisea*,

va más allá del mito para convertir al protagonista en el símbolo del hombre eternamente insatisfecho y, sobre todo, necesitado de conocerse a sí mismo. Pero las aproximaciones musicales a Ulises no se agotan en la ópera, pues el de Ítaca está también presente en ballets como *Ulises* de John Harbison (n. 1938), con una partitura de rítmica exuberante, y en poemas sinfónicos, como los cuatro que componen el ciclo *De los viajes de Ulises*, de Ernst Boehe (1880-1938), de sonoridades épicas y wagnerianas.

La más joven de las artes, el cine, también se ha mostrado abierta a Ulises. Ya en 1905, ese pionero que fue Georges Méliès (1861-1938) filmó *La isla de Calipso: Ulises y el gigante Polifemo*, un cortometraje en el que pudo dar cuenta de su imaginación para crear efectos visuales. El relato homérico es seguido bastante fielmente en el *Ulises* dirigido en 1954 por Mario Camerini (1895-1981) y protagonizado por Kirk Douglas y Silvana Mangano. No obstante, la versión más completa hasta la fecha, realista y fiel es *La Odisea* (1968), una miniserie realizada por Franco Rossi (1919-2000) en la que participaron las televisiones italiana, francesa, alemana y yugoslava. En el terreno de las reinterpretaciones del mito se mueve *O Brother!*, de los hermanos Joel (n. 1954) y Ethan Coen (n. 1957). Se trata de una comedia con mucho de musical ambientada en la América profunda, cuya semejanza con el clásico griego se reduce al viaje de regreso al hogar de uno de sus protagonistas y en la aparición de algunos personajes que evocan a las sirenas, el adivino Tiresias o Polifemo.

La *Odisea* ha sido y sigue siendo una inagotable fuente de inspiración. Y es lógico que así sea: Ulises simboliza al ser humano, su deseo de conocer y de conocerse a sí mismo, así como de maravillarse ante lo nuevo y diferente. Por eso mismo es un clásico, y por eso mismo sigue ahí, actual, invitándonos a seguirle en un viaje que es el de todos nosotros.

Índice